

Capítulo III

UN MILAGRO DE CINE

El estado balinés era un estado-teatro en el que los reyes y príncipes eran los empresarios, los sacerdotes los directores y los campesinos el reparto secundario, los tramoyistas y la audiencia. Las estupendas incineraciones, empastes dentales, dedicaciones de templos, peregrinaciones y sacrificios sangrientos –que movilizaban a cientos, incluso a miles, de individuos y suponían el gasto de grandes cantidades de riqueza–, no eran medios para fines políticos: eran fines en sí mismos, eran aquello para lo que servía el Estado.

Clifford Geertz

III.1. La cámara, motor de la acción planetaria

Las películas están consumiendo las ciudades, los campos, los mares y las montañas. Algún día, cada centímetro del mundo quedará aplanado en un enorme rollo. El cielo nocturno nos hará de pantalla. El repertorio de películas se proyectará hasta el final y quedará vagando y se ondulará, se retorcerá y formará una espiral como la cinta de Moebius a través del universo galáctico. La vida no será simultánea, será secuencial, una historia tras otra, como si todo el ADN de todos los seres vivientes se extendiera sobre una cinta, eslabón tras eslabón, hasta el infinito.¹

El mítico cargamento fantasma de prismáticos, pesas de gimnasia, máquinas de coser, locomotoras, tractores americanos y relojes Time Force que pasaba, imposible crediticio, automovilísticamente de largo en *¡Bienvenido, Mister Marshall!* (Berlanga 1953), resultó ser esa misma fuerza que lo invocaba: la *pobreza en fiestas*, conjunto de todas las labores de productividad carnavalesca y las horas extraordinarias de cartón piedra. Peticiones al revés a los Reyes Magos –como sostiene la voz en *off* de Fernando Rey en el epílogo de la película– con las que estos negros europeos, los *gualiseños*, verdadera ‘Secta de Johnson’ de la sierra de Madrid (el más descacharrante de todos los cultos cargo melanesios de los que tiene noticia la academia antropológica, es la llamada ‘Secta del Presidente Johnson’, movimiento económico, político y religioso vernáculo de la isla de Nueva Hannover, en el archipiélago de las Bismarck, al este de Nueva Guinea²), ofrecen tributos fiscales en forma de tiempo, gallinas, inspiración, patatas, disciplina, leche y paciencia (o «paz de espíritu» como la llamaba el párroco de Villar del Río, Don Cosme) a sus nuevos dioses: la saga bárbara que envolvió en un huracán atómico la tierra de los indios americanos que un día tuvo a los españoles por tales dioses, y los productores de cine de la capital que escogieron aquel pueblecito entre otros como decorado real de su película.

g20. Fisco de ficción



[Fotograma de *¡Bienvenido Mister Marshall!*, Berlanga, 1953]

«Unos preparativos que en sí mismos suponen salir de la rutina cotidiana al pequeño pueblo, hasta el punto de que se puede dudar si los vecinos [de Guadalix de la Sierra] siguen la comedia por lo “provechoso de la llegada de los americanos” [es decir, del equipo de producción de UNINCI] o *por lo divertido del montaje*. [Los vecinos de Villar del Río que montan los decorados están interpretados por los propios ayudantes del equipo de producción del decorador Paco Canet]. Pensando que, quizás, los americanos [esto es, los ‘madrileños’ de la capital] pasen unas horas (o unos días) en el pueblo, no sólo ambientan la plaza, sino todas las calles, con decorados [la productora del filme gastó 500.000 pesetas de la época, unos 300.000 euros de hoy en este apartado presupuestario] que Manolo [el personaje encarnado por Manolo Morán, socios del decorador Canet] consigue fiados gracias a un amigo [el Banco Mercantil e Industrial concedió un préstamo de un millón de pesetas a UNINCI para el rodaje de, ya que el presidente del consejo de administración del banco era Vicente Salgado, quien tenía intereses en los Estudios CEA donde se rodaron los interiores de la película] y que piensa que se podrá pagar gracias a los beneficios obtenidos de los americanos. [Los dos millones y medio que costó la producción de *¡Bienvenido, Mister Marshall!* fueron superados con creces por los ingresos de taquilla que obtuvo el filme como consecuencia de su éxito en el Festival de Cine de Cannes].»³

Fue precisamente el decorador Francisco Canet –quien, junto con el jefe de producción Vicente Sempere, estaba al frente de la empresa UNINCI, a la sazón productora del filme– el encargado de localizar los lugares donde habrían de rodarse las ‘escenas en exteriores’ de la famosa sátira cinematográfica de Luís García Berlanga sobre el fallido

aterrizaje en tierras españolas de los créditos comerciales del *European Recovery Program*, esquema de terapia fiscal asociado popularmente al nombre de su principal valedor gubernativo (el general George Catlett Marshall que fuera secretario de estado del presidente Harry Truman) con el que EE.UU. pretendió activar la reconstrucción, en Europa Occidental, de las infraestructuras productivas destruidas durante la Segunda Guerra Mundial. Acompañado del director de fotografía Manuel Berenguer y del propio Berlanga, peinaron «un radio de 50 Km. alrededor de Madrid para dar con la población que representara a Villar del Río, tal y como se había ideado en el guión. Finalmente, se decidieron por Guadalix de la Sierra.»⁴ Si quisiera trazarse un retrato robot de la cultura autóctona –hoy poco menos que desaparecida– de aquel Guadalix de la Sierra que encontraron los cineastas de UNINCI en 1952 (mil quinientos habitantes repartidos en poco más de trescientas familias dedicadas a la agricultura, la ganadería y el estraperlo), un punto de partida inmejorable podría ser la siguiente parábola escatológica, ‘deliciosamente’ goffmanesca⁵, ocurrida durante el rodaje del filme, anécdota en la que participan el director del mismo, uno de los actores principales y los intrépidos indígenas o *gualiseños*. «Había una cosa que es maravillosa y siempre la digo y la defiendo, que es el desmitificar eso de que cuando estés cagando sea una cosa que debe hacerse absolutamente separada del resto de las costumbres sociales. Y, entonces, algunos días que estaba allí agachado [en unos de esos entablados que se hacían antes en los corrales de las casas de pueblo a modo de retrete], nos llegaban a Pepe Isbert y a mí los chicos y chicas del pueblo y nos decían “Bueno, y ¿hoy se rueda, Don Luís?”, “Sr. Isbert, a ver si nos echa usted una mano y trabajamos hoy”. Y charlaban con nosotros, y a nosotros en aquella postura nos resultaban un poco difícil... Yo ya había vivido desde niño, en pequeños pueblos de Valencia, esa forma de higienización pero no [había llegado] a la tertulia dentro de eso...».⁶

La productora de *¡Bienvenido, Mister Marshall!* ofreció a los *gualiseños* que quisieran participar como figurantes en la película un jornal diario de veinticinco pesetas. Dado que el rodaje se inició a finales del mes de septiembre, la actividad cinematográfica hizo naturalmente la competencia a la principal faena agrícola que, tradicionalmente, se desarrollaba durante esa época del año, la recogida de la patata. Como el salario de los jornaleros del campo no pasaba de las dieciocho pesetas, la patata se quedó ese año sin gente «con la consiguiente tensión [dentro del pueblo].»⁷ Mucho más allá de su efecto

puntual sobre la cosecha del tubérculo de aquella temporada, el momento paroxístico cuando la ficción de la pobreza en fiestas como invocación de la riqueza ‘de cine’ del cine americano se fusionó de manera definitiva y radical con la realidad de la pobreza en fiestas como instanciación de la riqueza ‘de cine’ del cine español, ocurrió durante el rodaje de la secuencia fílmica de la transformación de Villar del Río/Guadalix de la Sierra en un pueblecito andaluz de postal.

El pueblo elegido por el dios de la riqueza cinemática poseía el don natural de una plaza mayor de esas dichas “pintorescas”, con el ayuntamiento en uno de los frentes y la cantina en el otro, encarnación bastante lograda del canon del tipismo rural patrio. Había únicamente un pequeño problema y era que la iglesia de Guadalix, muy hermosa por cierto, no estaba en la misma plaza sino que se encontraba a un par de calles de distancia. Aunque, desde luego, no se trataba –ni mucho menos– de un asunto prioritario desde el punto de vista de las soluciones a adoptar por la producción para garantizar la fidelidad del metraje final a las directrices escritas del guión original de la peli. (Aún de menor importancia era el hecho de que la plaza de Guadalix tampoco tenía en su centro la fuente de piedra ideal-típica que aparecía en tantos libros de ‘estampas españolas’). Ésta es, justamente, la razón por la que puede sostenerse que el origen simbólico, es decir, *milagroso* de la nueva riqueza española se funda sobre un suceso cinemático «extraño» (el calificativo es del propio Berlanga): el impulso irracional, manirroto, que llevó a un equipo de producción cinematográfica a honrar con dispendios en el límite de la extravagancia el dudoso sentido de la integridad artística de un genio creador que, más que dudoso, debía ser exasperante de tan dubitativo.

Tal como se escucha en el filme, he aquí el fragmento visionario del parlamento de Manolo, el hombre de mundo o “enterao cultural”, a los vecinos de Villar del Río desde el balcón del ayuntamiento: *«Y yo, que he estado en América amigos míos, yo que conozco aquellas mentalidades nobles pero infantiles, os digo que España se conoce en América a través de Andalucía. ¡Ah!, pero entendedme bien, no es que no amen como se merecen a estos pueblos castellanos de ejemplar raigambre... Es que la fama de nuestras corridas de toros, de nuestros toreros, de nuestros gitanos y sobre todo del cante flamenco, ha borrado la fama de todo lo demás y buscan en nosotros el folclore.»* Y si, en la trama de ficción cinematográfica, es el alcalde de Villar del Río, Don Pablo (Pepe Isbert), el que, dando por buena la pragmática visión comercial de las cosas que le

oferta el hilarante agente artístico interpretado por Manolo Morán, anima a sus vecinos a ponerse manos a la obra en la lúdica tarea de disfrazar un pueblecito castellano «de ejemplar raigambre» con ropajes reconocidamente andaluces (trabaje campero para ellos, vestido de volantes para ellas) que habrán de halagar el gusto convencional –«noble pero infantil»– de los americanos y su concepción limitadamente turística del folclore autóctono de España, en la historia real del rodaje, de modo inquietantemente análogo, el jefe de producción Vicente Sempere aceptó incurrir en un gasto extraordinario bastante considerable para, levantando en la plaza de Guadalix de la Sierra sendos decorados en cartón-piedra de una fachada de iglesia y una fuente de caños, satisfacer el deseo estético, no menos “noble” ni “infantil” que el del americano medio, de un novel cineasta que ni siquiera llegaba a ser integrista. Tan solo cargante en su pretensión de mostrar al mundo los detalles doblemente idealizados de su propia imagen turística de un pueblo doblemente arquetípico. La España de Berlanga: «excesivo capricho», en verdad.

«Que yo dijese “Quiero este pueblo” funcionó muy bien, porque el pueblo le viene de maravilla a la película [...] Lo extraño para mí fue que yo llegase a un sitio, con esa plaza tan movida y con tanta gracia, siendo un director joven, novel, recién salido de la escuela y nada famoso, al que no había que dar atenciones específicas, llegara y dijera: “Lo del ayuntamiento está muy bien, pero yo quiero que en la misma plaza esté la iglesia y construyes un decorado de una fachada de una iglesia.” Un decorado que hoy no lo podría hacer ninguna película. Y yo no había aprendido a tener una cierta modestia que debemos tener los realizadores, aunque haya una industria buena, porque a mi me pareció luego, viendo la película, que era *excesivo capricho* mío. Porque lo que costó aquel decorado... trescientas o quinientas mil pesetas, que hoy serían cincuenta millones [unos 300.000 mil euros]...»⁸

Juguetona como de suyo es, la fortuna quiso que, en varios planos de la escena del ensayo del pasacalles en el que se interpreta la canción ‘Americanos’, quedara registrada fotográficamente la duplicidad esquizofrénica de Villar del Río/Guadalix de la Sierra: en primer plano a la izquierda aparece la entrada principal de la iglesia de pega, y en el centro de la imagen, al fondo, la torre del campanario de la iglesia de verdad.

g21. Villar del Río / Guadalix de la Sierra, el pueblo de las dos iglesias



[Fotograma de *¡Bienvenido Mister Marshall!*, Berlanga, 1953]

(Terminando el siglo XX, este mismo pueblecito madrileño, qué extraño, habría de ser nuevamente el primero en descubrir el limbo económico ampliado de la existencia panmediática recalificada: en el año 1999 se construyó en los confines del término municipal de Guadalix el *decorado real* de la primera emisión de tele-realidad total, la borgiana casa-plató del programa *Gran Hermano*).

* * *

La industria turística y la audiovisual son una y la misma cosa. Sea la ecuación: $F(tv) + X = i(u)$. El término a la izquierda nota la *expectativa televisiva racional* más una variable aleatoria estable de Lévy-Pareto (X) que suele llamarse *necesidad económica* y el de la derecha la *función migratoria* (i) del agregado *turístico y laboral* (u). Absurdo juego monetario, la necesidad económica es, desde el punto de vista matemático, un ser de lo más extraño. «Aparte de las tres excepciones: $D = 2$ con $\beta = 0$, $D = 1$ con $\beta = 0$, y $D = 1/2$ con $\beta = 1$, no se conoce una forma analítica cerrada para las distribuciones estables de Lévy.»⁹ En todos los demás casos, el comportamiento de la esperanza matemática $p(u)$ de la variable aleatoria estable de Lévy-Pareto (X) sólo puede obtenerse de manera tentativa mediante cálculos numéricos de aproximación. (Ahora este trabajo tan pesado del tanteo numérico interminable que antes se realizaba con la calculadora electrónica y antes aún haciendo cuentas en papel, se lleva a cabo mediante programas de simulación informática). Confinados aquí los factores teóricos presuntamente causales y aún determinantes del resultado final dentro de las vicisitudes salvajemente aleatorias de la historia de la necesidad económica, nuestra ecuación impide

precisamente estimar o ajustar con fiabilidad racionalmente admisible partes históricas o geográficas de la variación del volumen de los movimientos migratorios transfronterizos. Y permite así comenzar, sí, justamente comenzar, a pensar sobre lo propiamente novedoso de la migración laboral en una superficie planetaria multidimensional e hiper urbanizable sometida a la dominancia matemática de los mercados de servicios de información audiovisual integrados.

La sucesión de postales aéreas –tomas reales en su gran mayoría además de un puñado de superposiciones fotográficas por demás evidentes– en que consiste el filme francés *Nómadas del viento* (*Le peuple migrateur*, Jacques Cluzaud, Michel Debats y Jacques Perrin, 2001), ofrecen una primera plasmación aproximativa de nuestra tesis. En este largometraje pretendidamente documental, grupos de ánades, grullas, pelícanos y cigüeñas troquelados sobrevuelan, de la mano de varios equipos de guías y cámaras humanos encaramados sobre una amplia gama de vehículos a motor aéreos, marinos y terrestres, los destinos turísticos más preciados del planeta, otros tantos paisajes de ensueño universalmente reconocibles: el Mont Saint Michel (destino oficial de la luna de miel de los franceses), el río Sena a su paso por París con la torre Eiffel al fondo, el Taj Mahal, la Gran Muralla China, el desierto del Sahara, las cumbres del Himalaya, las Torres Gemelas de Manhattan, derribadas por un ataque terrorista poco después del rodaje... En la secuencia más densamente cinematográfica del filme, una bandada de barnaclas canadienses acompaña la estampida de una manada de potros salvajes por entre las famosas torres de arenisca del Monument Valley, en Arizona, el decorado paisajístico por antonomasia de los *westerns* americanos (especialmente omnipresente en la obra de John Ford, de *La diligencia* [1939] a *Centauros del desierto* [The Searchers, 1956]), que lo fue también del origen civilizatorio del hombre en la ciencia ficción de Stanley Kubrick y Arthur C. Clark, 2001, *Una odisea espacial* (1968).

g22. El fantasma del viaje en la pantalla migratoria

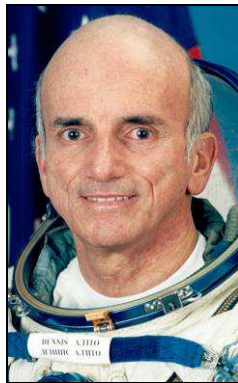


[Fotogramas del filme *Nómadas del viento*, 2001]

Pero la evidencia pericial definitivamente probatoria de la unicidad natural de ambas realidades económicas, el poder de mirar y el deseo de viajar, la aportaron, hace ahora un par de años, ciertas filmaciones de televisión y fotografías de prensa que mostraban a un grupo de emigrantes subsaharianos exhaustos y deshidratados mientras eran atendidos de urgencia por otro grupo de “civiles”, los bañistas de la playa turística del sur de Tenerife donde acababa de arribar la patera en la que viajaban los ilegales. Estas imágenes, publicadas el día 28 de agosto de 2006 y siguientes, dieron la vuelta al mundo justamente porque hacían transparente la inecuación posicional de ambas vecindades existenciales: la de la cámara (capital) y la del nómada (trabajo). Y dentro de esta última, la subdistinción, entre turista legal, bestia falsaria magnetizada por las cosas de las ideas (aviones, hoteles, cámaras), e inmigrante ilegal, animal de raza no menos dudosa poseído por las ideas de las cosas (historias, fotos, películas).

El paralelo de la *pretensión* turística que el emigrante tiene en común con otras figuras (la espía, el asesino) es la manía que tienen muchos viajeros —especialmente aquellos que escriben sobre sus viajes y muy particularmente los antropólogos— de ponerse en huelga de celo sociable para intentar hacerse pasar por locales o, por lo menos, no dar tanto el cante de *guiiri*. Y así como nos imaginamos al marfileño o ecuatoriano del futuro retenido por la poli solar a las puertas del hotel transbordador interplanetario, y declarando en el interrogatorio que tiene intención de visitar “la gran mancha roja de Urano” o “el mar de la tranquilidad de Venus”¹⁰, nos tememos también que el ricacho turista espacial de turno, potentado ruso, estadounidense, surafricano, canadiense o surcoreano que ha comprado al precio de varias decenas de millones de euros una entrada para poder experimentar la sensación de ingravidez y disfrutar de la vista orbital del planeta azul y de la sucesión vertiginosa de amaneceres y ocasos, estará ahora mismo poniéndose pesadísimo con lo de que es necesario cumplir las normas de abordaje e intentando a cada momento, sin mucho éxito, aparentar ‘profesionalidad total’ ante la tripulación profesional del transbordador espacial.

g23. Mr. Descargado



[Dennis Tito, primer turista espacial, 2001]

* * *

Un interesante estudio realizado por el historiador de la ciencia británico Donald Mackenzie sobre la naturaleza “matemáticamente construida” de los modernos mercados financieros contrapone en su título dos seres tecnológicos: el motor y la cámara. Según el profesor de Edimburgo y al contrario de lo que suele creerse, los modelos matemáticos de los que se sirven los ingenieros financieros para calcular los

‘precios de equilibrio’ (los precios *teóricos*) de los mil y un valores bursátiles reales e imaginados que recorren el planeta a la velocidad de la luz, no son instrumentos que producen retratos fidedignos de la realidad, como una cámara de vídeo.¹¹ Los modernos modelos matemáticos de valoración financiera, sostiene Mackenzie, son más bien una versión bestial de los motores de reacción de los aviones: instrumentos de precisión para lograr la compresión informacional de la compresión física. Ocasionadores mayores de la aceleración exponencial del mundo y su correlato, el vértigo existencial del viajero mareado que habita las grandes urbes contemporáneas del planeta. Frente a la tesis de este colega profesor, me parece más bien que la proverbial orden ritual con la que el director pone en marcha el trabajo del equipo de rodaje en las filmaciones de cine y televisión, «Motor, cámara y... ¡acción!», expresa, si bien se piensa, una verdad mucho más extraña e interesante sobre las relaciones actuales entre simulación técnica y movimiento de traslación comercial. Desde el momento en que comiencen a considerar factible y aún deseable la opción investigadora de trabajar, en ciencia económica, con conjuntos de datos audiovisuales de alta calidad –por ejemplo, filmes documentales profesionales– les parecerá por completo natural a los economistas (pero también a historiadores, psicólogos, sociólogos, antropólogos y a todos los demás habitantes de las ciencias sociales académicas) que *es la cámara* el auténtico motor de la acción económica con sentido planetario, esto es, de la acción de aceleración exponencial que rige el destino globalizante del mundo económico.

Aunque en ocasiones te sea insoportable la co-presencia pesadísima de los cineastas y sus cámaras y micrófonos, calma tus nervios, contén las lágrimas y contrólate. Deja que se grabe todo por si acaso. Como nunca se sabe cómo podrán ir las cosas en el futuro en tu negocio supernovísimo (el portal de Internet para tramitar multas de aparcamiento y demás ‘servicios’ municipales de *Startup.com*, de Chris Hegedus y Jehane Noujaim, 2001) o mega rentable (la banda de *harcorde metal* del filme de Joe Berlinger y Bruce Sinofski *Metallica. Some Kind of Monster*, 2004)¹², a lo que apostamos es a que la bancarrota de una empresa que ha quedado íntegramente filmada para la pantalla podría llegar a ser tanto o más rentable que su éxito eventual. «En este momento [tras la quiebra de govWorks.com, nuestra empresa anterior, la que salía en la peli *Startup.com*] estamos intentando aprovechar la repercusión mediática que está teniendo el filme para lanzar nuestro nuevo negocio [The Recognition Group, una consultora de gestión de crisis empresariales cuya página web se proporciona a continuación:

<http://www.recognitiongroup.net>].»¹³ Esta es la madera esotérica de la que están hechos los sueños norteamericanos: la cara práctica oculta del *know-how* que se enseña en las *business schools*.¹⁴ Y quien dice bancarrota empresarial dice también, por extensión de contrato, bancarrota familiar o personal. Otro extraordinario filme documental, *Capturing the Friedmans* (Andrew Jarecky, 2004), reutiliza de manera masiva materiales audiovisuales intensísimos procedentes del extenso archivo privado de grabaciones domésticas acumulado por una estrafalaria familia judía de un próspero suburbio de Long Island, Nueva York, con la intención expresa de contribuir a reabrir la causa judicial por la que uno de los hijos fue condenado a prisión acusado de abusos sexuales a menores. El padre, que también había sido condenado por el mismo delito, se suicidó en prisión.

En la pantalla, como en el firmamento, hay seres que aunque se apagaron hace mucho, mucho tiempo, siguen brillando en el futuro más distante.

III.2. *Monsieur Vorhilon*

El padre Ramón Peris de la Calzada expone una teoría que demuestra –dice– la verdad histórica de los Santos Evangelios; el ángel de la Anunciación era un extraterrestre, la Virgen María fue visitada por hombres de otro planeta e inseminada artificialmente, por lo que concibió siendo virgen antes del parto, en el parto y después del parto. En su opinión, los extraterrestres de la Anunciación eran poseedores de cualidades muy superiores a las de los humanos terrestres. Esto justifica todo lo que de misterioso hay en el Advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo; los Reyes Magos eran extraterrestres, enviados a comprobar el resultado del experimento y a dotar al niño de ciertos recursos o poderes, la estrella no los guiaba, iba tras ellos, era su nave espacial, los poderes heredados genéticamente y los recibidos en el portal de Belén, permitieron al Señor hacer milagros, ser un niño sabio que asombraba a los doctores y, finalmente, resucitar, elevarse sobre la muchedumbre y volver con el Padre, esto es, ir en una nave al planeta de donde procedía por línea paterna. Hasta la Sábana Santa queda así explicada. El Nuevo Testamento se inicia con una sucesión de hechos que sólo son sobrenaturales según la medida terrestre. Aunque el padre Peris cree que todo cuanto expone es producto de una revelación del Espíritu Santo, por Quien fue visitado durante la celebración de la Eucaristía en el convento de las Madres Marquitas, esta pueril y escandalosa teoría fue expuesta repetidamente con anterioridad por aficionados a las historias de ovnis y marcianos.¹⁵

«Cuando vistes con túnica blanca y llevas un gran medallón dorado al cuello y hablas de una nueva religión que incluye elementos contenidos en una canción de Chris de Burgh y en una película de Monty Python, acabas acostumbrándote a que se rían de ti.»¹⁶

La canción a que se refiere la cita es un tema de 1975 titulado ‘A Spaceman came travelling’ –‘El visitante que llegó del espacio’– en el que la voz más noble de los cantautores eléctricos irlandeses ofrece una versión *new age* del relato de la natividad cristiana inspirada en la teoría de los astronautas antiguos del periodista e investigador suizo Erich von Däniken, entonces muy en boga.¹⁷ (El árbol genealógico de la ilustre familia de este rockero nacido en la Argentina e hijo, a la sazón, del embajador de Irlanda en aquel país, alberga, al parecer, entre sus ramas al legendario monarca inglés Richard the Lyonheart (Ricardo Corazón de León). En la larga discografía de Chris de Burgh, donde abundan las canciones de temática romántica clásica pero con originales toques de espiritualidad *new age*, pueden encontrarse varias otras canciones en las que el condimento heterodoxo de referencias a la posibilidad de contactos extraterrestres se

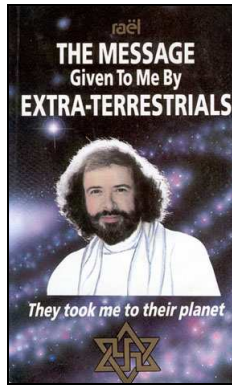
emplea para especiar esotéricamente el motivo central, tan manoseado, de los gozos y las sombras de la relación amorosa.¹⁸ En junio del año 2005, de Burgh adquirió en una subasta la maqueta de látex original del bicho indestructible y cabrón que salía del estómago del actor John Hurt en la escena más asquerosa de la película *Alien* de Ridley Scott [1979]. La broma le salió por unos 19.500 euros.¹⁹) La película es *La vida de Brian* (*The Life of Brian*, dirigida por Terry Jones, 1979), legendaria comedia británica sobre las desventuras de un sosias de Jesús de Nazaret, Brian Cohen, quien, en la escena en la que cae desde una torre intentando escapar de los centuriones romanos que le acosan, es recogido al vuelo por una nave espacial pilotada por dos alienígenas verdosos, cableadísimos y completamente neuróticos.

¿Y el personaje que viste la túnica blanca y lleva el medallón de oro al cuello?

El tipo es un ciudadano francés nacido Claude Vorhilon en 1946, en la localidad de Ambert, cercana a Vichy.²⁰ Hijo de madre soltera quinceañera e interno desde muy pequeño en un colegio católico, Vorhilon fue durante su juventud un breve ídolo radiofónico de la canción adolescente bajo el nombre artístico de Paul Celler. Apasionado por los coches de carreras, a sus veintipocos años fundó una revista deportiva, *Auto Pop*, como trampolín para lanzarse a competir en *rallies* y pruebas de velocidad en circuito. Fue en aquel tiempo, diciembre del año 1973, cuando, como consecuencia de una experiencia de contacto alienígena en la tercera fase ocurrida mientras paseaba alrededor del cráter volcánico del Puy de Lassolas, en las inmediaciones de Clermont-Ferrand donde tenía entonces su residencia –el contacto tuvo lugar con fecha de 13 de diciembre, festividad de Santa Lucía que en mi pueblo celebran sublimes y vulgares “echando la taba” de bar en bar, un viejo deporte de azar monetario que se juega con la rótula de un cordero–, Claudio pasó a llamarse Raël. Ya como Raël, Vorhilon se propuso fundar una nueva religión basada en el culto financiero-sexual a una raza de científicos extraterrestres, los *elohim*, que diseñaron el ADN de los humanos mediante procedimientos de síntesis bioquímica *in vitro* y tras un largo viaje intragaláctico llegaron a la Tierra hace millones de años para plantar la semilla de la vida inteligente. Raël tuvo que abandonar Francia en 1993 perseguido a la vez por los agentes de la brigada anti sectas y los de la dirección general de tributos. Refugiado en Canadá, el embajador plenipotenciario, agente inmobiliario y guía

turístico de los marcianitos, los vecinos del planeta de al lado que ya viven entre nosotros disimulados, difunde desde entonces los mensajes que recibe de «nuestros padres del espacio exterior» en su cuartel general del complejo UFOland, en Valcourt, cerca de Montreal, a los más de sesenta y cinco mil fieles certificados que la oficina de prensa del Movimiento Raeliano Internacional (MRI) decía, en 2004, tener dispersos por el globo. El MRI está implantado actualmente en un total de ochenta y cuatro países, principalmente del área francófona (Francia, Canadá, Bélgica y Suiza), pero también en importantes naciones industrializadas como Italia, EE.UU., Japón y Australia, así como en diversos enclaves de América Latina (México y Chile), África (Burkina Faso y Costa de Marfil) y Asia (Corea del Sur).

(La ceremonia raeliana de iniciación ritual consiste en una liturgia especial denominada “transmisión del plan celular”, especie de bautismo telepático-genético que asegura la inmortalidad. La transmisión del plan celular es un acto a la vez simbólico y científico que se basa en las enseñanzas de los Elohim de que cada individuo posee un patrón de vibración único determinado por sus cromosomas, que son el sello genético distintivo de cada una de sus células. Los padres celestiales registran las señales así emitidas por cada persona desde su nacimiento a fin de determinar si esa persona es digna de ser recreada, clonada, en su propio planeta. Durante la ceremonia el guía raeliano sirve de antena, a través de su conexión personal con el propio Raël, para transmitir telepáticamente la secuencia codificada de la frecuencia del iniciado a los científicos extraterrestres. Según la señora Nicole Bertrand, obispa raeliana entrevistada por la socióloga Susan Palmer en julio de 1993, se trata más que nada «de un acto de reconocimiento», esto es, la razón por la que la transmisión se hace «a la manera ceremonial» es porque constituye «un acto de reconocimiento de los Elohim como nuestros creadores.»²¹)



g24. Su santidad Raël

Original continuador de la tradición nacional francesa de teología filosófica inaugurada por Descartes y culminada por Comte, Raël es, sin duda, la estrella filosófica más brillante que ha salido de Francia en los últimos doscientos años. Olvídense de Bergson y Bachelard, Durkheim y Mauss, Sartre y Aron, Levi-Strauss, Lacan y Althusser, Foucault, Deleuze, Derrida, Lyotard y Baudrillard, Bourdieu, Boltanski, Dupuy y Maffesoli y el resto, Houellebecq incluido. Cabría sin embargo considerar al filósofo occitano Michel Serres, profesor universitario en París y Stanford, como el San Juan Bautista de la religión raeliana. Editor de la versión francesa definitiva de la obra completa de Auguste Comte, Serres se reivindica al tiempo recuperador de «la herencia silenciosa de los cátaros.»²² (El movimiento de los cátaros franceses (s. XII), el más importante rebrote medieval de la antigua tradición gnóstica, fue brutalmente reprimido por Roma: la campaña de exterminio dirigida por el Papa Inocencio III duró catorce años y en ella murieron alrededor de medio millón de personas. El gnosticismo cristiano, que pervive en el mundo actual bajo los más variados disfraces –como la filosofía heideggeriana²³ o la tecnocracia ingenieril²⁴–, constituye, remezclas teosóficas de por medio, el principal pilar ideológico de las creencias ovni.²⁵ Sitiado dentro de un mundo oscuro gobernado por fuerzas demoníacas, el pequeño seminario de estudiantes avanzados elegidos para recibir la transmisión etérea de diversos conocimientos espirituales de naturaleza esotérica, logrará la salvación eterna cuando consiga liberarse de sus ataduras corporales: «Hemos decidido abandonar nuestros contenedores/vehículos corporales», dejaron escrito en su nota de suicidio los miembros de Heavens' Gate, la secta ovni californiana que decidió entregar colectivamente la cuchara a los dioses del hiperespacio durante la Semana Santa de 1997).

«La filosofía tradicional dispone generalmente un dios central, productor, ombligo radiante, sol, origen de los tiempos. Mi filosofía, en cambio, es más bien como un cielo lleno de ángeles que ocultan un poco a Dios: agitados, ebullentes, traviosos, alegres... ruidosos mensajeros que disfrutan de la música, trazan caminos, trasladan rutas, transportan... El mundo en el que nos bañamos es un espacio-tiempo de comunicación. ¿Por qué no hablar entonces de un ‘espacio de ángeles’, siendo que este término remite a mensajeros, a conjuntos de factores, de transmisiones en trance de pasar, de espacios de pasos?»²⁶ Partiendo del trabajo pionero del psiquiatra suizo Carl Gustav Jung²⁷, son numerosas las investigaciones contemporáneas dedicadas a poner de manifiesto las múltiples similitudes que existen entre las creencias y las historias de contactos alienígenas y los relatos previos sobre la intervención de entidades sobrenaturales asociados con la tradición judeo-cristiana de los ángeles. «Al igual que los ángeles, los seres del espacio exterior suelen ser descritos como seres superiores de otro mundo hechos de pura luz y que actúan como mensajeros, comunicando principios divinos o leyes cósmicas.»²⁸

En sociedad con quien fuera su profesor en la École Normale Supérieure de la Rue d’Ulm, y posteriormente su colega y amigo, el también filósofo Michel Foucault, que logrará abandonar aquel sombrío paisaje lávico un par de años antes, Serres enseñó durante una década, entre 1958 y 1968, en el departamento de filosofía de la Universidad de Clermont-Ferrand. «En aquellos años, la Universidad de Clermont cab[ía] por entero en un edificio de piedra blanca de la avenue Carnot, junto al *lycée* Blaise Pascal, donde Bergson ejerció de profesor. El edificio fue construido en 1936, y se parece, imperativos de la época, a un Palais de Chaillot de tamaño reducido. Las fachadas interiores son más bien tristonas: una vez en el patio, todo es mohíno, sombrío, como cubierto por ese polvillo negro que parece cubrir gran parte de la ciudad, con su catedral de piedra negra, sus casas blancuzcas adornadas con cornisas negras de lava de Volvic, lo que les da un aspecto de “esquela mortuoria”, como dirá Foucault cuando las vea por primera vez.»²⁹ Tras haber iniciado a toda una generación de jóvenes provincianos, impresionables y temerosos³⁰, en el estudio de los arcanos politeístas de un biocosmos hermético poblado de ‘mensajeros divinos’ revelado a los hombres a través de la historia positiva de las ciencias, el oscuro profesor de la cabellera blanca fue

llamado de vuelta a la metrópolis (Serres fue solicitado por Foucault en 1969 para participar en el famoso experimento pedagógico-político del campus de Vincennes³¹) en la inminencia de la revelación alienígena de Raël en el Puy de Lassolas.

Habiendo llegado con los años a la conclusión de que «Hiroshima es el único objeto de mi filosofía»³², parece en cualquier caso plausible que el representante *par excellence* del positivismo gnóstico aliente, aunque sólo sea en la intimidad, los esfuerzos publicitarios del Movimiento Raeliano Internacional para promover la adopción, por parte de la organización de las Naciones Unidas, de un calendario sagrado universal que sitúa el año cero de la nueva era común en el 1945 del tiempo cristiano al objeto de conmemorar la fecha del acontecimiento histórico que los raelianos consideran hecho fundacional de la era actual de la humanidad: el arrasamiento atómico de la ciudad japonesa de Hiroshima perpetrado por la aviación de los EE.UU. en el epílogo de la II Guerra Mundial.³³

En cuanto al discípulo más famoso de la reencarnación atlántica del Maestro de Justicia de los antiguos qumramitas³⁴, el travieso profesor Bruno Latour, sociólogo de la ciencia de la École Nationale Supérieure des Mines de París, podríamos catalogarlo simpáticamente como una especie de diputado tráfuga en el distrito capitalino de esta primera encarnación histórica de la Iglesia Positivista de la Francofonía Mundial: el *raelianisme*. Si puestos realmente en situación de contacto alienígena, puede imaginárselo alternativamente como la versión *joker* del doctor Lacombe, el científico protagonista de *Encuentros en la tercera fase*, la famosa *pinícula* de Steven Spielberg (1977). Como un François Truffaut ridículo, Latour vuelve a solicitar al mando militar americano que dirige las operaciones de turno que reconsidere la cuestión: «Créame, Mayor Walsh, ¡se trata de un acontecimiento sociológico!»³⁵. Sea como fuere, el caso es que la vida y la obra de Raël está, en cuanto a solidez metafísica, genio paranoico e intensidad profética, a años luz de éstos y aquéllos académicos e intelectuales, ciudadanos compatriotas. También en potencia publicitaria, solvencia crediticia, creatividad artística, magnetismo sexual, indiferencia politológica, atracción mediática, practicidad técnica e inspiración humorística Raël es el más *grand* de todos estos. Dejando al margen, en razón de su más profunda condición catalana y española, a la deslumbrante estrella místico-publicitaria del pintor Salvador Dalí, quien, a través del

poeta y ensayista galáctico Francesc Pujols, adaptó el invento comtiano del catolicismo positivo para ver de organizar hiperracionalmente sus excesos subatómicos de fulgor arcangélico, tal vez el único *intellectuel desengagé* a la altura de Raël en alguno o varios de los aspectos mencionados en el texto sea un sabio cabalístico tan maravillosamente *pop* como el geómetra Benoît Mandelbrot, el célebre ‘fractalista’.³⁶ Y aunque al *raelianisme* le viene como anillo al dedo la aguda observación de cierto autorizado comentarista a propósito del credo positivista predicado por San Auguste Comte –que, si bien hay muchos elementos en la nueva religión que se prestan a la sonrisa, «no todo en ella es igualmente ridículo»³⁷–, lo cierto es que la solución original de Comte al problema de cómo preservar la autoridad y el orden jerárquicos en una sociedad amenazada por la negatividad metafísica –el inventor de la “Sociología” se las tuvo particularmente tiesas con las “filosofías subjetivistas” del anarquismo romántico *à la* Nietzsche/Bakunin y el utilitarismo *camp* de Mandeville y Adam Smith³⁸– sigue proyectando su larga sombra depresiva sobre los delirios de grandeza tecnocientífica ampliada de gente tan aparentemente desenfadada como ésta.³⁹

III.3. Cosmonauta Berrocal, el primer turista espacial

Para el turista 'espacial', las experiencias corporales, aunque no necesariamente placenteras, son parte de la atracción del viaje: las altas presiones del ascenso o del descenso o la pérdida de peso en el Espacio, son estados corporales deseados para los que el turista espacial se entrena intensamente antes del viaje.⁴⁰

No fui el primer astronauta sino la primera persona astronauta: cosmonauta Berrocal, el primer turista espacial. Elegido para la gloria, tengo lo que hay que tener y un algo más: un asombroso parecido contigo, lector amadísimo. Un actor, un concursante de televisión y una persona de puta madre. (Claro que digo tacos, he vivido en el ejército y en la tele). Hube de atravesar kilómetros de *casting* psiquiátrico-telegénico para sufrir luego una serie inaudita de pruebas de esfuerzo físico, sexual y espiritual tan ridículas como terribles: la escasez material como puro decorado, la confesión convertida en *prime-time* publicitario, esquemas experimentales de asignación conflictivo-divertida de las tareas del hogar, compañeros de piso que piden públicamente al Dios del Público tu público destierro a la vida privada por motivos puramente competitivos, el cortejo de la hembra fotograma a fotograma, el descubrimiento de la modalidad *edredoning* del deporte amoroso...

(Aunque aparezcan en general como lugares cada vez menos hospitalarios para las demostraciones públicas de diferenciales de potencial físico, psíquico y emocional entre los sexos, los ambientes de la vida moderna fuerzan sin embargo de manera expresa y continua tales demostraciones por medio de una multitud de escenas sociales tecno-deportivamente diseñadas al efecto.⁴¹ A principios del nuevo siglo, con el inicio de la era televisiva de los *reality games*, se inaugura, en este sentido, un laboratorio inmejorablemente equipado para el estudio científico de (entre otras muchas cuestiones) la interesante problemática del funcionamiento ordinario de un sistema de organización social estructurado en base a divisiones de sexo-género y jerarquizado a partir del desempeño desigual de concursantes y concursantas a lo largo de una sucesión de absurdas pruebas de competición-colaboración diseñadas para fines de entretenimiento de audiencias televisivas e internáuticas a jornada completa. Un concurso por equipos donde había que adquirir conocimientos rudimentarios de una lengua exótica para solicitar información telefónica sobre determinados acontecimientos del mundo exterior, la organización colectiva de una campaña masiva de peticiones postales a

concluir en tiempo record, un maratón de amamantamiento de muñecos de una semana de duración, cosas así. Además, por supuesto, de privaciones y abstinencias artificiales de todos los colores y modelos.)

Entonces apareció ella, novia de seda: «A mí lo que me preocupa es lo que la audiencia sienta y lo que la audiencia opine, eso es lo que me preocupa.» Y yo, su novio de lana: «A mí quien me preocupa eres tú y ya está.» La Audiencia opinó ‘María-José-tienes-que-salir’ y yo celebré su marcha con lágrimas en directo de desamor catódico: «¡¿Quién me pone la pierna encima para que no levante cabeza?!»

g25. Quién me pone la pierna encima



[Fotograma de la primera edición de *El Gran Hermano* (Telecinco, 1999)]

Luego, otra vez, el aterrador aliento de la masa de acoso televisivofónica (La Audiencia Ha Decidido) sobre mi cogote. Escapar, escapar, escapar; tengo que escapar a la humillación concursal definitiva, arrojar la toalla antes de que suene la campana. Mi ceremonia improvisada de rendición, sacrificio y salvación nocturna fue también emitida en directo, algunos lo recordaréis: «Ya estoy preparado: casco de espeleólogo, pico y pala.» No aguanto más esto, tengo que precipitarme hacia la luz. Fue así como abandoné la casa cableada de Guadalix, de madrugada y antes de tiempo. Tras la salida voluntaria, la entrevista en el plató, el encierro en el hotel. Y casi al final, o eso creía yo, la fama, bola extra de toda entrada biográfica. Famoso de ser *yo*: el primer astronauta que pisó el suelo de la casa de la Luna que, definitivamente, “ya puede llamarse Pérez” (Palomino), el pajarito que le disparó a la escopeta, la cobaya que apretó la palanca y nos ha metido a todos en el laberinto que hay dentro del laberinto, el perro que tocó la

campana de Paulov. El nemátodo *c. elegans* que sacó papel y lápiz y anotó: “Uno cualquiera se hace famoso por ser yo mismo.” Es decir: *tonto el que lee*.

Mas, no contenta con haber hecho de mí la primera persona enamorándose en directo, el destino paranoide, oh infantil fortuna, me tenía reservada una misión experimental aún más especial y delicada, una verdadera *misión espacial*. El suceso más extraordinario de mi rematadamente ordinaria vida, uno de esos “momentos estelares de la ciencia de la conducta” (Andy Kauffman⁴²), ocurrió una tarde-noche de agosto del año 2000 en un encinar cerca de Plasencia, Cáceres, entre chatarra electrónica y método Grotowski: el mismísimo Gran Marciano vino a reclutarme para formar parte de la primera excursión turística a su planeta. Y una vez más –la vida pasa a toda hostia– no me era posible solicitar tiempo muerto para pensar. De modo que volví a enrolarme del tirón, con mi acostumbrado entusiasmo pueril: «¡Sí! Yo quiero irme a *Mars*, a Marte. Es *very important* por *my life*. *The human is... [not] only in the galaxie... hay más... hay más...*»

g26. Yo quiero irme a Marte



[Fotograma del filme *El Gran Marciano* (Antonio Hernández, 2000)]

Meses después de haber tocado el firmamento como el primer mártir sentimental que fue visto quemándose vivo en el infierno catódico, me convertí también (muérete de envidia comandante Truman Burbank⁴³), extraña suerte doble la mía, en la primera persona que tuvo contacto con vida extraterrestre en el cielo del celuloide. «Vida inteligente. Vida, vida.» (Vale, vale).

*¡Gloria más gloria a la USA!
Alborozo en el congreso,*

*la Luna es ya Norteamérica,
nuestra bandera en su suelo,
Armstrong y Aldrin han violado
el himen del universo
y han dado a la Casa Blanca
armiños de imperio nuevo. [...]
¡Ay mar de la Soledad,
ay cráter del Gran Silencio,
la bandera de los yanquis
cocacoliza el misterio
de tus días y tus noches
sin pájaros y sin viento! [...]
Ya te puedes poner nombres
de dirigente soviético
o de senador tejano
o de jugador de béisbol,
ya pueden llamarte Armstrong
o Gagarin o Costello
o Charles Chaplin o Lenin,
y si se posa en tu suelo
un mozo de Pontevedra
de Medellín o de Oviedo
podrías llamarte Pérez
¡qué cabronada te han hecho! ⁴⁴*

* * *

El despliegue supersónico y planetario de las grandes superficies comerciales —el supermercado que los astronautas ancestrales, los primeros ídolos pantelevisivos a tiempo completo 24h x 7d (Mónica, Koldo, Vanesa, Mabel, María José, Jorge Berrocal), pusieron en Marte— se pliega aquí, en los dominios del milagro turístico español, a las leyendas oceanianas de la indestructibilidad de la vida. Damos sin querer con el par de coordenadas históricas y geográficas del punto donde surge la imagen de un *visitante* puro —«Era como si en un capítulo de Star Trek, Kirk y algunos miembros

de su tripulación llegaran a un mundo extraño, se disfrazaran y bajaran a pasear entre sus habitantes, y nadie en ese planeta supiera que les están observando»⁴⁵— que son también las condiciones económicas de posibilidad de la idea que algunos humanos se hacen de otros humanos como semidioses de luz y sonido, *stars*, estrellas de la pantalla.

Producción del año 2000 dirigida por el cineasta salmantino Antonio Hernández, el impactante filme experimental *El Gran Marciano* es una carísima broma de cámara oculta de tres días de duración que ofrece al estudioso una vivisección escénica alucinante de la variante específicamente post industrial de los *Cargo Cults* melanesios: la adoración de los platillos volantes.⁴⁶ El conjunto de nuevos movimientos religiosos —sectas, en su acepción peyorativa— originales de la región Melanesia y popularmente conocidas como ‘cultos’ o ‘sectas del *cargo*’ en razón de la centralidad doctrinal que en ellos juegan ciertas prácticas rituales y ceremonias de adoración harto peculiares (astracanadas como bañarse en una playa radiactiva, a quien se le ocurre) mediante las que los fieles invocan a sus dioses-ancestros para que desvíen hacia sus dominios los barcos y aviones de carga que transportan las riquezas materiales que fundan la superioridad del hombre blanco, ha sido objeto de muy diversas interpretaciones y caracterizaciones historiográficas y etnográficas. La lectura de una de las piezas más sobresalientes de este *corpus* de literatura científico-social, la monografía publicada hace unos años por la antropóloga estadounidense Dorothy Billings sobre la llamada ‘Secta de Johnson’ de la isla de Nueva Hannover —en el archipiélago Bismarck, al este de Nueva Guinea— que es la variedad de *Cargo Cult* más descacharrantemente teatral que se conoce, resulta francamente iluminadora desde el punto de vista de mis tesis sobre la naturaleza profundamente onírica de la economía turística.

«En febrero de 1964, el territorio de Papúa y Nueva Guinea convocó elecciones democráticas para crear una nueva estructura gubernativa: la Asamblea del Pueblo (*House Assembly*). La organización del proceso electoral corrió a cargo de la administración colonial australiana, presionada por Naciones Unidas para conceder el autogobierno a los nativos. La celebración de las elecciones fue un éxito total, recibido con gran sorpresa por todos los residentes de origen europeo en el territorio, y muy particularmente por los miembros de la administración colonial. Ocurrió que la gente fue a votar y votó, e incluso quienes no habían tenido mucho contacto con la población de origen europeo parecieron entender, al menos en parte, el propósito de las elecciones.

En muchos casos resultaron elegidas personas que ya eran líderes tradicionales y, por lo general, todo salió más o menos como se esperaba. La isla de Nueva Hannover fue una de las pocas circunscripciones donde las elecciones no salieron del todo bien; pero esto también constituyó una sorpresa pues Nueva Hannover había permanecido «bajo control» durante muchos años, y la gente tenía una larga experiencia de contactos con la población blanca. Así y todo, la mitad del electorado de Nueva Hannover y de las vecinas islas Tigak votó por el Presidente [Lyndon] Johnson de América. Este hecho, y otros más que siguieron, llegaron a ser conocidos como «la secta de Johnson». Muchos europeos (administradores, misioneros, antropólogos) y parte de la propia población nativa llegaron a la conclusión de que estos eventos constituían en sí mismos una variedad de *cargo cult*, especie *sui generis* de movimiento religioso bien conocida en Melanesia.»⁴⁷

Pues lo único que los historiadores y los antropólogos no han sabido aún decir plenamente sobre los *cargo cults* es justamente esto: ¿por qué, o más bien, *cómo* nos hacen reír estos informes etnográficos? ¿Cuál es la particularidad humorística distintiva de esta clase de relatos eruditos? ¿Dónde está *aquí* la gracia? ¿*Cómo es que* resulta tan divertido para nosotros que alguien crea que los niños vienen de París o que las vacas producen directamente leche envasada en *TetrabrikTM*? Al fin y al cabo todos hemos sido niños alguna vez y sabemos lo mal que se pasa cuando los amigos de nuestro hermano mayor se ríen de nuestras teorías sobre el mundo o de nuestro voto colectivo en la elección de delegado de curso: en mi clase de 4º de EGB, allá por 1979 –los electores teníamos nueve años– ‘Peo’ le ganó a ‘Blas Piñar’.⁴⁸ De hecho la señora Billings ha llegado tal vez tan lejos como se puede llegar siguiendo la línea de razonamiento que parte del efecto humorístico de los cultos cargo: «[H]emos pasado por alto, por lo que parece –y revelándose en esto no sólo la solemnidad personal y la sobriedad profesional de los antropólogos sino también el potencial paternalista de nuestra forma de tratar a la gente que estudiamos– el hecho de que los fieles cargoístas, los adoradores del cargo, puede que también encuentren muy divertidas sus ceremonias culturales y, aún, que se partan de risa en algunas fases de su liturgia. Parece mentira que hasta el momento no haya sido antropológicamente lícito considerar los cultos cargo como ejemplo de sátiras, bromas que le gastan las gentes a sus pomposos administradores.»⁴⁹

* * *

Los autores de una etnografía ya clásica sobre el logro de la primera síntesis del factor hormonal del crecimiento humano llevado a cabo en el laboratorio de bioquímica del Instituto Salk de San Diego, en California, fantaseaban en algún lugar de su obra con la posibilidad de que los hechos manufacturados por las ciencias sociales llegaran a alcanzar el nivel de ‘dureza’ propio de las ciencias naturales el día en que fuese lícito a sociólogos y antropólogos certificados colocar cámaras y micrófonos ocultos las veinticuatro horas del día en cada alcoba, cada sala de reuniones, cada calle y cada plaza.⁵⁰ (Esta utopía positivista de una ciencia puramente observacional de la vida social perpetrada por naturalistas marcianos se desnuda con la más cruel de las ternuras en el filme *Kitchen Stories* [2003], del noruego Bent Hamer). Puede sostenerse, por el contrario, que los hechos científico-sociales propiamente duros son aquellos registros más duramente sometidos a la potencia falsaria del montaje audiovisual.⁵¹ Retratos secuenciales radicalmente *irreales* de naturalezas virginales seduciendo y dejándose seducir por el teatrillo del brillo artístico: pueden encontrar a porrillo extraviados dentro de filmaciones sobre fauna animal en estado ‘ocasionadamente’ salvaje, pelis porno, obras de ficción del género *mockumentary*, bromas de cámara oculta, *making offs*, tomas falsas o juegos de telerrealidad postvideográfica.⁵²

El *Teorema de (im)posibilidad telerreal de Berrocal* afirma que Nadie en su sano juicio se gastaría un montón de pasta en gastármela a mí, que soy un mindundi. Expresado en notación elegante: Me niego a aceptar cualquier hecho que indique que la cotización de mi persona en el mercado (audiovisual) pueda llegar a rebasar cierto límite superior establecido por mí mismo. Vive dios que la auto subestimación personal en el plano existencial de lo que se ha dado en llamar la ‘globalización financiera’ parece ser una retórica muy poderosa cuando se trata de darnos razón a nosotros mismos de la realidad actual, verdadera, de todo cuanto, unos momentos antes, creíamos completamente irreal, totalmente inverosímil. La fórmula general del *Teorema de Berrocal* es la inecuación televisiva conocida como *Ley de Jon*, en honor de su autor, Jon, concursante-víctima del diabólico juego de estrategia panvideográfica *Confianza Ciega*, formato de telerrealidad avanzada de lo más siniestro cuya primera y última edición española fue emitida en la

primavera de 2002 por la cadena nacional Antena3. Arguyendo que perpetrar un montaje cinematográfico «lleva tiempo, ¿me entiendes?», el susodicho Jon, a la sazón estudiante universitario de imagen y sonido, creyó haber encontrado una razón justificable para aceptar el severo engaño televisivo al que estaba siendo sometido por los productores del programa, que acababan de proyectarle una cinta de vídeo de una presunta infidelidad amorosa cometida por su pareja. Es, en efecto, perfectamente admisible que la fabricación de mentira salga, en términos relativos, más cara que la de la verdad. Si bien la cifra absoluta de la dotación de capital físico y humano de partida con la que cuenta la historia de la mentira nos es desconocida, sospechamos que debería tratarse de una cantidad finita. El verdadero problema económico parece radicar aquí más bien en que el orden de prioridades presupuestarias peculiar de los mentirosos de raza define una escala de valores completamente demencial. Y contra eso, contra la teología del absurdo, no hay economía que valga: la espontaneidad y su economía, que son lo propio de la naturaleza, van quedando progresivamente relegadas en favor del artificio y el despilfarro, que las señas de identidad de la sociedad, la cultura, el arte y la historia.

La verdad verdadera siempre fue una enredadera, nos dice El Viajante.

Auténtica, original, única y última, la verdad verdadera nos resulta ahora naturalmente inaceptable: su descubrimiento resultaría insoportable de tan pavoroso. Lo que acaba gobernando el mundo, entonces, es una suerte de la ley de Gresham (la moneda falsa desplaza a la moneda de curso legal) trasladada al ámbito de la intelección filosófica de la realidad: la *Ley inversa de Jon* o *Axioma socio-lógico de Sacks*⁵³ según el cual, habiendo alcanzado nuestros procedimientos secuenciales de configuración comunicativa del entorno material un nivel tal de finura y barroquismo organizativo, la pureza de espíritu virtual queda automáticamente descalificada, en términos lingüísticos, como franqueza superficial, llaneza inconsciente o simpleza abominable, a nadie le es posible ya abstenerse de mentir.

En tanto que imperiosa inversión de la necesidad económica, la mentira es la coronación del absurdo de la vida, su potencia máxima. El gusto de gastarnos es un puro gasto: la gracia, otra vez, del asunto de vivir. La producción cinematográfica de la gran broma marciana de cámara oculta –¡y visible!– requirió del trabajo en equipo de 130 personas y contó con un presupuesto de 400 millones de pesetas, unos 3 millones de euros, datos

que, en su momento, situaron a la película de Hernández en el tramo superior del escalafón de las superproducciones del cine español.⁵⁴ No obstante lo cual, Erving Goffman seguramente estaba en lo cierto cuando afirmaba que la sociedad contemporánea parece obligar a que las bromas *de tipo privado* sean menos espectaculares de lo que *un día* llegaron a ser.⁵⁵ La larga, amarga decadencia posterior de la sociedad bromista del Barroco, teatro del mundo cortesano donde las burlas, que en los ingenios de Calderón y Lope lo eran siempre de amor, venían con tal frecuencia en tornarse veras que acababan siendo sinónimos⁵⁶, queda condensada en la tardía condena moral que hace Arniches de las burras perpetraciones («las bromas, o pesadas o no darlas», decía Schopenhauer) de Tito Guiloya, cerebro del Guasa Club y sus bromas de casino: «Guiloya no es un hombre, es el espíritu de la raza, cruel, agresivo, burlón, que no ríe de su propia alegría sino del dolor ajeno.»⁵⁷

Las víctimas, ganchos, actores y productores de la broma de cámara oculta de largo metraje *El Gran Marciano* logran el milagro inaudito de tejer de nuevas el tapiz del descubrimiento primordial del éxtasis existencialista de la vida sobre el fondo de cartón-piedra de la rutina más pesadosamente artificial que concebirse pueda y cuyo modelo metafórico-metafísico universal son los parques zoológicos.⁵⁸ «¿Tú has visto qué nave? ¡Cómo nos engañan con los transbordadores!». Bajo el patrocinio de una humanidad extrema, esto es, *vulgar* y radicalmente no mutante –David Cronenberg: jódete– el espectador de la película asiste incrédulo al más ordinario carnaval de lo totalmente extraordinario: el contacto con los marcianos, acontecimiento mundial, «secreto militar de alto rango», «lo más grande que te va a pasar en tu vida». Es tan auténtico... que parece mentira. Es, es, es... ¡Es increíble! ¡Había un león en el baño de caballeros! Si se lo cuentas a alguien que no estaba allí, por más que adoptes tu expresión más severa y compungida, lo primero que hará esa persona será, con toda seguridad, partirse de risa en tu puta cara. Así es este mundo de cine: tan alucinante y gracioso que sólo puede ser verdadero. Una broma loca que ha perdido su temporizador. ¿Te das 'cuen', Charlie Kaufman⁵⁹? «¿Pero quién se iba a *gastar* toda esa pasta en *gastarnos* una broma a *nosotros*?» Aunque, bien mirado, *nosotros* somos las superestrellas mediáticas del momento: los concursantes de la primera edición de Gran HermanoTM, el megataquillazo televisivo del año mítico 2000, el programa pionero de los juegos de telerrealidad panhispánica. «Nicolai: *Spain is beautiful*... tranquilo... no pasa nada...

Spain is different... »⁶⁰ *Nosotros, makinones mursianicos*'. Los veloces cerebritos provincianos que aprendieron su "españolish" poniendo copas a los turistas en las terrazas de verano de Ibiza-Marbella-Benidorm o, como es mi caso, Cosmonauta Berrocal, ¡presente!, haciendo la carrera de infantería bajo pabellón de Naciones Unidas allá donde la hermosura sin par, por siempre apedreada, de la Bosnia-Herzegovina. Los *gilipollas de campeonato*. Carne y huesos de la primera persona del plural del sujeto-objeto de la antropohistoria galáctica.

* * *

* * *

Sostengo que pedazos estratégicos de la obra cinematográfica de José Luís García Berlanga, señor nacido en Valencia el 12 de junio de 1921, que ostenta, entre otros, los títulos de "sociólogo que mejor se mete el dedo en la nariz" (otorgado por el escritor Francisco Umbral) y también –harto merecidamente según el propio aludido– "hijo de puta con ventanas a la calle" (concedido por el actor Alfredo Landa), pueden ser reciclados para los fines de un análisis en profundidad del procedimiento autóctono de descubrimiento de la riqueza de las naciones que, bajo el nombre de 'Milagro turístico español', ha partido en dos la historia económica de este *país dels somnis*.⁶¹ Esto es, del espectáculo ordinario de una transfiguración artística eternamente efímera de las formas elementales de la vida cotidiana tal como se oferta a un público de *visitantes puros*, gentes de paso por el Gran Teatro del Mundo, el de Calderón que es el de *Christo* (Javacheff). «El Proyecto Christo, de realizarse, hará obsequio al mundo y a la historia del arte de una fantástica, irrepetible y original visión de esta ciudad ya, de por sí, fantástica, original e irrepetible... Nos quejamos constantemente de la prisa irracional con que nos visitan nuestros turistas, que llegan a media mañana y se van a primeras horas de la tarde. En opinión de [Patricio] Celaya [delegado de Turismo], el Proyecto Christo [la envoltura en tela de la Catedral y el Alcázar de Toledo] fijaría en Toledo miles y miles de visitantes nocturnos deseosos de ver el nuevo e irreal perfil de la ciudad, una visión diferente, muy otra de la conocida y tópica postal. Artistas de todo el mundo vendrán a pintar esta Toledo transfigurada y efímera que se superpondrá sólo unos días a la Toledo milenaria. Ni los industriales del turismo ni las entidades

culturales pueden volver la espalda a un reto como el que les plantea el audaz artista.»⁶²

El chiringuito de playa *guarritech* repetido una y mil veces en todas partes: en este plan de actuación, el Plan Territorial Especial a la Búsqueda del Turista Total⁶³, consiste el descubrimiento español de la prosperidad moderna.

III.4. Nuevas jugadas sobre el viejo tablero teatral

Al que espera habitación o comida no se le pueden dar respuestas de zapatero, hoy no puedo volver mañana. Los días y las horas son irrepetibles, pasan y se llevan la ocasión; si a un cliente no se le da de comer –o de bailar– en el momento preciso, esa comida o ese baile no pueden ser ya sustituidos. Los momentos difíciles exigen la ayuda de las anfetaminas. Después, la calma imposible llega. Tan imposible parecía, que hay que ayudarla con barbitúricos.⁶⁴

«¡Gran fiesta de apertura del curso!», rezan los carteles que empapan, cada principio de otoño, las paredes de los campus universitarios madrileños, «Fiesta de bienvenida a los estudiantes Erasmus: ¡2 copas por el precio de 1! Y puedes llevarte una camiseta conmemorativa de regalo». Fundada por dos socios, uno alemán y otro argentino, con conocimiento supuesto de la noche madrileña y mínima imaginación para los cachivaches de la comunicación intercultural, una empresa de nombre ‘Forocio’ organiza desde hace más de una década las “fiestas para Erasmus” que, bajo el título de *Exchange Party*, se celebran todos los jueves por la noche durante el curso académico en el céntrico Palacio de Gaviria en Madrid. «En 1995, cuando Frank [el socio alemán] llegó a Madrid, tuvo suficiente olfato para entender que los estudiantes extranjeros que llegan a la capital pueden constituir un sector importante en el mercado del ocio. Junto a su equipo (multicultural por supuesto) facilita la socialización [entre los estudiantes fiesteros] distribuyendo pegatinas que indican el país de procedencia a la entrada de la fiesta.»⁶⁵ El de los jóvenes que aspiran a la concesión de una beca de estudios en el marco del Programa Erasmus de la Unión Europea, conjunto de medidas económicas y político-administrativas que tiene como objetivo promover la movilidad dentro de lo que ahora se conoce, provisionalmente *of course*, como Espacio Universitario Europeo, es un segmento emergente de la industria internacional de servicios turísticos en el que, como no podía ser menos, España, abanderada por los distritos universitarios de Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla, no ha tardado mucho en ponerse a la cabeza. Las cifras de este mercado son aún modestas o bien espectaculares, depende de cómo entienda cada cual la naturaleza, forma y funciones de la educación universitaria: en los últimos tres años un total de 70.000 beneficiarios de la beca Erasmus pasaron su temporada de estudios y fiestas a la vera de nuestras facultades, escuelas y colegios universitarios. Durante el curso actual, el 2006-2007, se espera que las universidades españolas acojan un total de 20.000 estudiantes de intercambio Erasmus, procedentes

mayoritariamente y por este orden de cuatro grandes países: Italia, Francia, Alemania y Reino Unido.

«El negocio y la actividad turística es la cenicienta de la economía española. Sin grandes estrategias, sin grandes estudios, sin planificaciones, España sigue a la cabeza del turismo receptivo mundial. Las clases medias y altas, que han tenido que competir por el espacio playero con los turistas extranjeros, han desprestigiado el sector turístico diciendo que nos convertía en un país de camareros. El pueblo llano pasa de los ‘guiris’. No deja de ser paradójico este desprecio por la actividad turística. Forma parte de nuestra baja autoestima colectiva como pueblo. Algo que España y los españoles han hecho con mucho acierto, algo de lo que se sabe mucho, se le quita importancia, se devalúa, se le hace la vista gorda. Tal vez se deba a que la llegada de turistas y el negocio turístico no esperó a que terminara el régimen anterior.»⁶⁶

* * *

«En condiciones normales de desarrollo turístico, ningún establecimiento social se resiste, en última instancia, a ser convertido en atracción, ni siquiera los *establecimientos domésticos*. Casas selectas del sector residencial “Society Hill”, en la ciudad de Filadelfia, se abren al público una vez al año par poder ser visitadas por turistas. Es muy común que a quienes visitan Japón se les ofrezca la oportunidad de entrar, observar y, hasta cierto punto, participar en las casas de familias de clase media. En el ministerio de turismo francés pueden hacerse arreglos individuales par tomar un café en una casa francesa, y hasta para salir a pasear en automóvil por el campo con un francés de “aproximadamente el mismo nivel social del interesado”.»⁶⁷

Al Marqués De la Vega-Inclán se atribuye la redacción del decreto legislativo de 1911 por el que se creó la Comisaría Regia de Turismo, organismo heredero del pionero europeo en su rama, la también española Comisión Nacional para Fomentar las Excursiones Artísticas y de Recreo del Público Extranjero (1905), que mutaría luego en Patronato Nacional de Turismo (1928) en espera⁶⁸ de su definitiva metamorfosis franquista: el mítico Ministerio de Información y Turismo (1951) que lideró la década milagrosa, en el sentido macroeconómico del término, de los 1960. La pluma del Señor

Marqués del Turismo se sospecha autora de estos gloriosos rípios administrativos: «Otro origen de ingresos en oro, hasta hace no muchos años poco importante, es el de los turistas. Sin llegar a las sumas que en Italia se recaudan por este concepto y que ascienden a más de 600 millones de liras, ni a las que percibe Suiza, donde los turistas dejan de 350 a 400 millones de francos, van, sin embargo, organizándose en España medios de explotar este elemento de riqueza. Atractivos para los extranjeros los hay abundantes en nuestros monumentos históricos de remota antigüedad y en la variada serie de estilos arquitectónicos de todos los tiempos, y singularmente del arte árabe, único en el mundo. La comodidad de hacer excursiones por África, atravesando de paso casi toda España desde las costas del Mediterráneo a las del Atlántico, presta mayores facilidades a la combinación de los itinerarios. Desde que por nuestras vías férreas circulan los trenes con mayor velocidad y las comodidades en los de lujo se asemejan y en algunos casos igualan a los del extranjero, y además los alojamientos, hoteles y fondas reúnen condiciones de limpieza y de comfort, el turismo se desarrolla cada día más.»⁶⁹ De la Vega Inclán, que soñó en papel timbrado ríos de abundancia culminando la obra divina de una geografía plena, no podía ni imaginarse hasta qué puntos del cuerpo histórico de su cultura, rojos como rubíes, pueden llegar a prostituirse uno y su familia por dinero. Hace al caso recordar la secuencia final de la película *Patrimonio nacional* (Berlanga, 1980), memorable segunda entrega del colosal tríptico cinematográfico berlanguiano sobre las descacharradas y descacharrantes «bases sociales» del monarquismo transicional español que completan *La escopeta nacional* (1977) y *Nacional III* (1982).

El viejo Marqués de las Marismas, el director teatral Luís Escobar postreramente convertido en actor de cine, encarna en la ficción cinematográfica al viejo Marqués de Leguineche. Mientras espera, en su nueva soledad hacendosa, la visita de un grupo de turistas en el saloncito privado del palacete propiedad de la familia en el centro de Madrid (el antiguo Palacio de Linares, sede hoy de la Casa de América, en la Plaza de Cibeles), Leguineche, verdadera reencarnación cinematográfica del Marqués de la Vega Inclán⁷⁰, es nuevamente asaltado por Luís José, su vástago fin de raza, presunto Conde de Santagón prematuramente crionizado, al igual que su progenitor, en la pieza menos noble del mobiliario del palacete. (La miserable condición humana del señorito y calavera marquesín salidorro se encarna en la pantalla en una humanidad que para todo vale y vale para todos, la del actor José Luís López Vázquez, otro genio inmortal).

Acompañado de sus dos enormes mastines, Dorada y Leo, el Marqués padre se dispone a recibir a los turistas japoneses que van entrando y saliendo del saloncito privado. El guía de la excursión, representado por el director de cine Jaime Chávarri, acompaña la irrupción en la pantalla de cada visitante con la repetición mecánica de un recitado en inglés donde se dan la mano el viejo protocolo cortesano y el nuevo formulismo de la industria de servicios:

I introduce you to the Marques of Leguineche in person. You can make pictures if you like it too. (Les presento al Marqués de Leguineche en persona. También pueden sacar fotografías si así lo desean).

Además del billete normal que da derecho a visitar el resto de dependencias del palacete, el marqués cobra una tarifa extra por dejarse ver “en persona” y saludar también personalmente a cada uno de sus visitantes de pago con un lacónico “Sayonara” (“Bienvenido” en japonés) cuya pronunciación le obliga a hacer una reverencia facial. La solemnidad inicial del ademán se va haciendo mueca progresivamente artrítica. Impasible.

g.27. Barcos sin honra



[Fotograma del filme *Patrimonio Nacional* (Berlanga, 1980)]

Sobre el fundido en negro con la palabra Fin oímos la voz femenina de una turista japonesa y la animada réplica final del Marqués, como despertando de una siesta cansina: «¡Sayonara, guapa!» El picarón del marqués recuerda aquí a los niños de las sectas cristianas ultra ortodoxas del condado de Lancaster, en Pensilvania, EE.UU., que asoman el sombrerín de paja por encima de la valla blanca de la granja escuela para saludar a los visitantes. Los exóticos escolares *amish* y *menonitas* desobedecen entre

juguetones y taimados la prohibición de sus maestros gritando “*No photos, no photos*” a la vez que posan ladinos para la cámara del turista. «Esquivos para las fotos, pero extremadamente educados, saben el morbo que despiertan entre los turistas y también los beneficios económicos que les pueden reportar. Tiendas de productos *amish*, restaurantes *amish*, paseo en *buggy* por granjas *amish*...»⁷¹ Anclado también él hasta las trancas en la tracción-tradición animal del siglo XIX, y metido en el arquetípico papel tragicómico del ‘viejo verde’, el teatral viejo que fuera realmente el fin de raza del señorío de las marismas del Guadalquivir cumple al tiempo el penúltimo destino alimentario de este suelo agreste con el sol en lo alto. El marquesado alienígena de la excursión organizada a la mansión de los siglos. Y a mucha honra. Luís Escobar, el actor, muestra y realiza *in extremis* la única posible vocación ciudadana de su noble linaje conocida hasta el momento por nosotros: modelo pictórico sobre paisaje pintoresco.⁷²

* * *

«La cadena Sol era una de las favoritas para hacerse con los activos hoteleros de Rumasa debido a su posición en el *ranking* sectorial y a su constante expansión nacional, pero su presidente no aparecía en los periódicos salvo por referencias de terceros. [...] Por eso, mientras a la luz pública se barajaban diversas posibilidades de acuerdos, el empresario mallorquín, en la más absoluta discreción, había entablado contacto con un grupo inversor árabe [a la sazón, la Oficina Inversora de Kuwait, más conocida por sus siglas inglesas, KIO].»⁷³ Montado en el sueño árabe de los petrodólares que para otros fuera pesadilla kuwaití, el hotelero mallorquín acabó pastoreando la discreta errancia del Sepharad de “los que se quedaron” hasta el otro confín de la historia de las civilizaciones: el mastodóntico archipiélago Indonesio, donde el 19 de julio de 1985, se inauguraba el Hotel Bali Sol de Nusa Dua, hoy Hotel Meliá Bali.⁷⁴ «Sí, Fernando, cuarenta años aguantándole; no lo sabes tú bien. Me hizo prisionero, se pasó por el arco del triunfo mi título de aparejador y me lo cambió por una pala, me hizo sentirme peor que muerto porque yo no era nadie en la nueva sociedad, ni ex combatiente nacional ni caballero mutilado ni excautivo ni alférez provisional ni cura ni siquiera de derechas de toda la vida como todo el mundo; porque aquí, todo el mundo era de derechas de toda la vida, incluso en las cárceles; había que

verlos cantando los himnos fachas y presumiendo de parientes fachas. Yo era un rojillo; en la India llaman intocables a la casta más parecida a nuestra gente entonces: todo eso aguanté. Tú no, tú te lo ahorraste y me parece muy bien, suerte que tuviste.»⁷⁵ Según el ranking de los mayores multimillonarios del planeta que publica tradicionalmente la revista estadounidense de negocios *Forbes*, en el año 2006 la fortuna personal del fundador de la multinacional hotelera Sol Meliá ascendía a 1.700 millones de dólares, lo que colocaba a Gabriel Escarrer en el puesto 451 de tan rutilante clasificación.⁷⁶

Consumada la dominación colonial holandesa allá por fines del siglo XIX, las fiestas y cultos de la religión monárquica balinesa que alcanzó su cima artístico-fiscal en la corte real de Den Pasar, habían dejado ya de ser magia poderosa de reproducción de masas campesinas para reasumirse como contenido del platillo derecho de la balanza de comercio exterior de un estado burocrático moderno. ¿Imperialismo?, ¿globalización modernizadora?, ¿decadencia y corrupción de los herederos del ‘centro ejemplar’? ¿No será más bien que las aspiraciones metafísicas de ese enjambre de amaneramiento y vicio que, según el estudioso, no pudiendo ya dominar las fuerzas sociales objetivas se limita a servir de espejo imaginal para las fuerzas sobrenaturales biocósmicas... *se van haciendo más y más concretas?*

«Detrás de esta relación –extrañamente invertida a nuestros ojos– entre la substancia y la parafernalia del gobierno, subyace una concepción general de la naturaleza y el fundamento de la soberanía, concepción que, meramente para simplificar, podríamos denominar como la doctrina del centro ejemplar. Es decir, la teoría según la cual la corte-y-capital es a la vez un microcosmos del orden sobrenatural –«una imagen del [...] universo en una escala menor»– y la encarnación material del orden político. No es simplemente el núcleo, el motor o el pivote del Estado, *es* el Estado. El concepto de *negara* expresa una ecuación de la sede del gobierno con el dominio del gobierno que es más que una metáfora accidental: es una afirmación de una idea de control político –a saber, que por el mero acto de proporcionar un modelo, un parangón, una imagen intachable de la existencia civilizada, la corte modela el mundo que la rodea, al menos como una ruda aproximación de su propia excelencia–. Así, la vida ritual de la corte –y, de hecho, la vida de la corte en general– es paradigmática y no un simple reflejo del orden social. Como declaran los sacerdotes, de lo que sí es reflejo es del orden

sobrenatural, “el intemporal mundo indio de los dioses”, en el cual, y en proporción estricta con el estatus de cada uno, los hombres deben buscar las pautas de sus vidas.»⁷⁷

Ejercicios dramaturgicos de gobernación estética, al estilo precioso de las ceremonias del viejo estado balinés, se tornaron de un tiempo a esta parte apartados contables del folleto-paquete de las agencia de viajes ciudadanas. La prostitución de la vida ordinaria del cogollito cortesano de todas las capitales de todas las islas de civilización del planeta consiste en vender a los tour operadores globales las partes menos sublimables de la herencia de sus antepasados en copias de vídeo digital de lo que, dicen, fueron las artes mágicas del *vivir como si nada*, actuando con naturalidad en presencia de lo extraordinario. Aunque vivida en parte por todos, actores y públicos, como el *crescendo* de la caída por esa pendiente de la historia de la “recta moral” que es la perdición amorosa, la prostitución castiza es también una especie de bendición material –de refugio doméstico– universal que tiene en lo barato (lo simbólico) del precio de la entrada que dan en las taquilla del palacio real su salmo responsorial: ¿Cuánto es? Seis euros, por favor. «El marqués [de Linares] inauguró ayer la visita guiada que la Casa de América ofrecerá en grupos de veinte personas por seis euros a ciento veinte turistas semanales para ver las salas [del Palacio de Linares] que llevan escondidas en plena [plaza de] Cibeles desde 1884.»⁷⁸ El sonido de la voz de la taquillera se confunde en los oídos de nuestro cortesano marginalista con la sintonía de la serie de televisión ‘Los Ángeles de Charlie’ remezclada por los Apollo 440, que van y vienen en estéreo de izquierda a derecha por los cascos auriculares del visitante del mundo exterior. Ese ser alienígena que, según todos los datos científico-sociales disponibles, se mueve constantemente en busca de sol, aventuras sexuales, buenas vistas fotográficas (vistas “monumentales”), precios tirados, servicialidad (que los sospechones llaman “servilismo”) y, por supuesto, playas de arena fina y agua cristalina y templadita.⁷⁹

Los antepasados del vulgo campesino se mueren todavía de ganas por charlar un ratillo con los antepasados de la familia del señor Marqués, aunque no más sea de soberanía fiscal. O de toros. Pero ahora, el problema de cómo sostener la charla amena siquiera sea un minuto está en el tejado del señor de la casa, cuya erudición otrora “familiar” (Sigmund Freud) no está ya a la altura de las observaciones radicalmente ociosas, luego extremadamente cultas, de sus curiosas visitas de pago, a quienes aburre soberanamente

la memorieta y el refrán. Y cada vez más también la coletilla oficial del provincianismo cosmopolita: cuanto costó Beckham o si mañana va a jugar Ronaldo. Lo que hacen las mariposas-langosta viajeras mientras ametrallan al Marqués con su cámara digital es pasar hacia delante y hacia atrás las hojas de sus guías (Michelin, Campsa, Trotamundos, Lonely Planet), revolviendo, procesando más bien, con la vista la madera de los siglos junto con la carta del restaurante. Luego, a viva voz, preguntan a Tancredo 'El Asustao': «¿Y dice usted que metían pepitas de oro en la pechuga de los faisanes?»

III.5. Cinemática de la riqueza

En cierto sentido el turismo constituye el detonante que pone en marcha las dormidas energías del motor económico español, hábilmente espoleadas por la ideología desarrollista que se propagaba por todo el país desde los sótanos del Paseo de la Castellana número 3, sede de la Comisaría del Plan de Desarrollo, y cuyo eco se ampliaba considerablemente unos tres kilómetros más al norte a través de los muros del todopoderoso Ministerio de Información y Turismo.⁸⁰

En *Calabuig* (Berlanga, 1956), el farero Don Ramón (Pepe Isbert) y Don Félix el cura (Félix Fernández) disputan una partida de ajedrez por teléfono. Ambos se ayudan de sendos juegos de ajedrez portátiles, pero mientras el cura recurre al asesoramiento de un libro de partidas, al farero le sopla la jugada ganadora Jorge Serra Hamilton (Edmund Gwen), el físico nuclear estadounidense que se ha refugiado en el pueblo.⁸¹ Parece diáfano ver en Jorge al trasunto berlanguiano del otro «famoso sabio atómico» que acaba de fallecer en Princeton, Nueva Jersey, en aquel año de 1955. Albert Einstein. En la escena final de la peli, el helicóptero militar que lleva al científico de vuelta a los EE.UU. sobrevuela el pueblo de Calabuig. En su interior, mientras Jorge se despide de sus amigos saludando con la mano desde las alturas, el mando castrense que lo custodia le amonesta en tono menor: «Nos dio un gran susto, profesor Hamilton, creímos que se había escapado con todos nuestros secretos.» «Y en cierto modo así ha sido», replica el profesor divertido, quitando importancia a lo que dice. Sobre una toma aérea del pueblo de Peñíscola, el militar cambia de tema e inquires sobre las posibilidades turísticas del municipio: «Parece un pueblo gracioso Calabuig, me gustaría pasar aquí algún fin de semana, ¿hay algún hotel en condiciones?» No, no, dice el físico atómico, no hay hotel en Calabuig.

g.28 Parece un pueblo gracioso, ¿hay algún hotel en condiciones?



[Fotogramas de *Calabuig*, Berlanga, 1956]

No lo había, era cierto. Sólo que pocos años más tarde, el faraónico productor de cine estadounidense Samuel Bronston, sugestionado por la fotogenia del *Calabuig* de Berlanga, hizo filmar abundantemente al actor Charlton Heston montando a caballo por la playa de Peñíscola para la superproducción *El Cid* (Anthony Mann, 1963). Las imágenes de una de las más grandes superestrellas del firmamento de Hollywood cabalgando a lomos del mítico Babioca bajo la silueta inconfundible del castillo del Papa Luna durante la conquista y defensa simuladas de la Valencia mora por los castellanos, dieron la vuelta al ‘planeta americano’ y sus aledaños. Ahora sí, ya hay al menos un par de hoteles en Peñíscola. (En la media paginita con la que despacha los encantos turísticos del pueblo de Peñíscola, la edición 2006 del tomo monográfico dedicado a España de la guía multinacional de viajes Lonely Planet menciona, dentro del apartado ‘Sleeping & Eating’ [Cama y comida] y como alternativa a las torres de apartamentos de alquiler, dos pequeños establecimientos hoteleros: el hostel Chiqui Bar, con siete habitaciones, y el hotel-restaurante ‘Simo’ –que podría ser tal vez Simó o Ximo–, con nueve. Situado en la base del montículo del castillo «y justo al lado del mar», éste último «ofrece también un restaurante altamente recomendado con vistas magníficas. De sus nueve habitaciones, seis poseen balcones y vistas igualmente impresionantes de la puesta del sol sobre la bahía. Las habitaciones son sobrias y aseadas y están muy bien pensadas –apréciese esos dispensadores de champú y jabón tan sexys–.»⁸²)

Jorge glosa ahora para el guardián de la US Air Force las maravillas premodernas de la vida de sus novecientos veintiocho singulares habitantes. «Ustedes los sabios», concluye el coronel, «siempre de broma.» Pero las bromas de los sabihondos, ya se

sabe, las carga el diablo. “Dios no juega a los dados”, dijo una vez, medio en serio medio en broma⁸³, Alberto, el físico arrepentido que, dos años antes de su muerte, confinado en el Instituto de Estudio Avanzado Princeton, deprimido y demenciado por la Bomba de Hiroshima, envía una carta a su amigo rumano Maurice Solovine en la que dice adiós definitivamente, por escrito, a las feroces intuiciones bromistas de la ‘Academia Olimpia’, la parodia teatral estable de la circunspección académica que los amigos Solovine, Einstein y Michele Besso representaban semanalmente durante los buenos y viejos años veinte en Berna, tan feraces para la ciencia.

«A la inmortal Academia Olympia. En tu corta existencia activa te has deleitado con alegría infantil en todo lo que era claro y razonable. Tus miembros te crearon para divertirse a expensas de tus grandes hermanas que eran mayores y estaban hinchadas de orgullo. He llegado a apreciar plenamente hasta qué punto [los miembros habían dado, gracias a ti,] con la verdad por cuidadosas observaciones durante largos años. Los tres miembros seguimos al menos incondicionales. Aunque algo decrepitos, aún nos guiamos por tu luz pura e inspiradora en el sendero solitario de nuestra vida, pues tú no has envejecido con tus miembros ni te has deformado como una planta que va a germinar. A ti juro fidelidad y devoción hasta mi último suspiro. De uno que en lo sucesivo será sólo un miembro correspondiente. A.E.»⁸⁴

Corría el mes de abril de 1953, plena primavera fría, y un único pensamiento repetido comenzaba a adueñarse de aquel cerebro legendariamente mastodóntico: “Dios me odia”.

* * *

Ese mismo año en que Peñíscola se presentaba triunfante en el mercado turístico internacional con el galardón concedido a Calabuig en el Festival de Cine de Venecia, unos cuantos cientos de kilómetros al sur de la costa valenciana, en Alicante, había otro pueblecito de pescadores de poco más de dos mil quinientos habitantes que estaba siendo la afortunadísima víctima del padre de todos los PGOUs. La redacción del Plan General de Ordenación Urbana de Benidorm fue concluida en el año de 1956 por un equipo de arquitectos y urbanistas de la Dirección General de Urbanismo dependiente del Ministerio de la Gobernación bajo la guía inspiradora de Pedro Zaragoza, el Moisés

que convirtió la vagancia natural que produce el estío, el tradicional veraneo de los jornaleros levantinos, en el mayor éxodo turístico de masas de toda Europa. «Entonces no lo llamábamos “turismo”, lo llamábamos “veraneo”. La palabra “turismo” la tomamos después de los suizos.»⁸⁵ Ciertamente que el autor que en términos más contundentes ha defendido esta tesis es el propio interesado, el abogado Pedro Zaragoza Orts que fuera alcalde de la localidad entre 1950 y 1967, refiriéndose a sí mismo como si fuera otro, pues cosa difícil es la modestia cuando la dicha es buena: «El fenómeno [turístico de Benidorm] no puede entenderse sin Pedro Zaragoza, su alcalde a partir de los cincuenta, que fue el verdadero protagonista del lanzamiento turístico del municipio... [y] dirigió personalmente las acciones promocionales, urbanísticas, sociales y empresariales en el proceso de desarrollo turístico.»⁸⁶ Olé sus cojones. En 1969 Zaragoza fue nombrado Director General de Empresas y Actividades Turísticas. El más eximio continuador de la obra del Sr. Zaragoza al frente de la alcaldía de Benidorm será el señor Eduardo Zaplana Hernández-Soro, también abogado, Presidente de la Generalitat Valenciana (1995-2002) y Ministro de Trabajo y Seguridad Social en el último equipo de gobierno del Presidente José María Aznar (2002-2004), que fuera alcalde benidormí entre 1991-1995. En el año 2006, fecha en que Benidorm conmemoraba el cincuentenario de la aprobación de su primer PGOU, la alcaldía de la ya ciudad estaba ocupada por Manuel Pérez Fenoll, concejal del Partido Popular. Eduardo Zaplana se ocupaba mientras tanto en el Congreso de los Diputados de Madrid como portavoz del Grupo Parlamentario Popular, la principal fuerza de la oposición al gobierno presidido por el socialista José Luís Rodríguez Zapatero. Y el ya octogenario Señor Zaragoza acababa de concluir con éxito sus estudios de Diplomatura en Turismo por la Universidad de Alicante.

En el cincuentenario de la Gloriosa Revolución del PGOU⁸⁷, aquel lugar bautizado seiscientos años atrás por los conquistadores árabes como Benidharim, esto es, *La Meca del Turismo* según la traducción popular más libre, actual y correcta, tenía una población de derecho de casi setenta mil habitantes, habitando de hecho permanentemente este lugar ya ciudadano alrededor de ciento ochenta mil personas, con puntas de ocupación que, según el alcalde de turno, alcanzaban hasta trescientos cincuenta mil personas en Semana Santa y agosto. Y tres mil cien horas anuales de sol.⁸⁸ Y ciento veintiocho hoteles que ofrecen un total de cuarenta mil camas. Y seis mil

apartamentos con capacidad para veinte mil personas. Y trescientos cuarenta y tres restaurantes que dan servicio a más de veintitrés mil comensales. Y ciento setenta y ocho cafeterías para más de doce mil personas. Y setecientos veinte bares y disco-pubs. Y cuatro parques de ocio y diversiones temáticas: Terra Mítica, Terra Natura, Mundomar y Aqualandia.⁸⁹ Y, como aquí residen permanentemente gentes de todas partes de España, ni un solo mes sin fiestas: en enero Reyes, carnavales en febrero, la Virgen del Sufragio y Fallas en marzo, en abril Semana Santa, la Creu en mayo, el Corpus y San Juan en junio, San Fermín, San Cristóbal y el Carmen en julio, en agosto todos los días son fiesta, en septiembre Covadonga y la vendimia, en octubre Moros y Cristianos, en noviembre las Fiestas Mayores y en diciembre, Navidad.⁹⁰ Y cinco millones de visitantes durante el año 2005, impresionante masa turística que constituye ella misma, en cualesquiera de sus innumerables formas apabullantes de manifestación transitoria... una de las mayores atracciones turísticas del planeta.

* * *

Las masas de espectadores cinemáticos y las masas de visitantes turísticos son uno solo y el mismo producto. Con el fin de la Segunda Guerra Mundial y de manera del todo insospechada, el curioso negocio de la “localización de exteriores” para el rodaje de largometrajes cinematográficos –verdaderos *souvenirs* del turismo belicoso– se convirtió en uno de los principales propulsores de la industria de producción de masas de visitantes turísticos. «Los organismos dedicados a la promoción del turismo consideran cada vez más que las películas son una forma de publicidad, y las ven como una buena forma de popularizar la cultura local.»⁹¹ En su momento de mayor esplendor clásico, el formato cinematográfico original de la película de largometraje *funciona naturalmente* como un publitreportaje turístico. Hasta tal punto que puede sostenerse que la tan venerable como resiliente técnica de publicidad masiva consistente en la inserción de productos comerciales (*product placement*) dentro de un contexto de entretenimiento mediático apropiado, vehículo financiero en extremo polivalente que establece un vínculo matrimonial *de facto* indisoluble entre la industria del marketing y el sector audiovisual haciendo que ‘campañas’ y ‘contenidos’ sean, en el límite, una y la misma cosa, tiene su origen, su grado cero y su piedra visual angular en la acción espontánea que opera la fotografía cinematográfica sobre el entorno humano,

convirtiéndolo, sin proponérselo explícitamente, paisajes naturales y ambientes contruidos en señuelos eficaces para la eventual comercialización de destinos turísticos. (Del mismo modo, el modelo comercial canónico de la guía de viaje es el espejo donde se mira la muy postmoderna ‘novela publicitaria’.⁹²) La peli americana, la proverbial superproducción hollywoodiense de las décadas de 1950-60, esa breve época de la historia del presente cuando tanto las grandes obras cinematográficas como los vuelos comerciales transoceánicos todavía se producían preferentemente para consumo interno del propio mercado estadounidense, *descubrió* a los comerciales de las nascentes agencias de viaje, negocio empresarial *increíble* donde los haya, cuál era la verdadera materia prima de la que estaban hechas las vacaciones. Persecuciones al galope entre indios y *cowboys* sobre el paisaje de fondo, en imágenes panorámicas de *VistaVisión*[®], de los monolitos rocosos del desierto de Monument Valley, entre Ariza y Utah, la tierra de los indios navajo (*Centauros del desierto*). Vuelos fantásticos de la cámara sobre las blancuras perpetuas de la montaña sagrada del África negra, proyectados a la luz *Technicolor*[™] del alba (*Las nieves del Kilimanjaro*). La belleza rubia sonriendo en pantalla gigante con tecnología *Cinemascope*[®] bajo la gran catarata en el límite norte del estado de Nueva York (*Niágara*). Luego, al atardecer, el paroxismo sonoro del *Dolby-estéreo*: tráfico de automóviles y viandantes, rumor de vagones subterráneos y longas limusinas blancas; pasan y pasan furgonetas de reparto enormes y autobuses chiquitos, y una horda de taxis pintados de un amarillo de mentiras se roba gentes con aromas de todos los cafés del mundo por las avenidas de Manhattan, la glándula pineal del planeta (*Annie Hall*). En la más equivocada de todas las islas del sistema solar, «esa especie de paraíso entre monetario y teológico que son los Estados Unidos para [...] tanta gente en cualquier lugar de la Tierra que tiene la imaginación intoxicada por el cine norteamericano y confunde sus propios sueños con los que les dictan las películas»⁹³, un flujo de pesadilla decae caótico hacia la noche en sonido *Dolby-surround* (todos los derechos reservados). Desde las ubres cristalinas de los rascacielos del *downtown* centella el gris neón de los *wizzkids*, la banda juvenil asalariada de la mafia de Wall Street (*Gangs of New York*).

«La reiteración de los tópicos sobre la rapidez, la instantaneidad, la des-realización, la vorágine de Nueva York, es tan asombrosa que hay que pensar que muy poco deben haber cambiado las cosas en Europa en las últimas décadas para que las características más obvias del centro de Manhattan, aquellas que los viajeros de una Europa recién

nacida al tráfigo de la cosmópolis transmitían a sus asombrados conciudadanos, sigan siendo las que causan maravilla a los nuevos intelectuales nómadas, acostumbrados a hablar con un pie puesto en el estribo del avión, y con un desparpajo cosmopolita no visto en Europa desde los cínicos antiguos a esta parte.»⁹⁴

Al momento siguiente de aquel cuando abrió sus puertas el inédito ferial cinematográfico de las verdes colinas y los salvajes acantilados, con la filmación de *El hombre tranquilo* (John Ford, 1952), el más glorioso publlirreportaje sobre la cantarina, inocente y brutal cuestión irlandesa, la afluencia masiva de turistas americanos a la República de Irlanda comenzó a ser un hecho. (El documental de ensayo *Innisfree* [1990] del cineasta catalán José Luís Guerin constituye a su vez un brillante estudio impremeditado de la materialidad turística propia del clásico film de John Ford. *The Quiet Man* tendría años más tarde la artísticamente muy notable secuela de *La hija de Ryan* [David Lean, 1970] y, más recientemente, de coproducciones americano-irlandesas, como el *Michael Collins* [1996] de Jim Sheridan, de intención marcadamente publicitaria, aunque no tanto anuncios “nacionalistas” como folletos turísticos hiperbólicos. Pero también se acepta el símil⁹⁵). Pasaron cuatro décadas hasta que este descubrimiento práctico quedó constatado científicamente, esto es, anotado en cifras contables y sonables de pasajes de avión y reservas de alojamiento con desayuno, y disponible para que el Consejo Neozelandés de Turismo se decidiese expresamente a financiar el digitalmente faraónico publlirreportaje extremo de la belleza salvaje de los parques naturales neozelandeses que son las tres partes de *El Señor de los Anillos* de Peter Jackson (2001-2003). Entremedias, sirviendo de cabeza de puente a obras más explícitamente promocionales, como la *Sinfonía española* de Samuel Bronston (1964), el mencionado *Calabuig* de Berlanga (1956), versión mediterránea de la mítica aldea irlandesa, la isla del lago Innesfree a la que quería retirarse a cavar judías (*Nine bean-rows will I have there*) el poeta Yeats, reconstruida para las masas de espectadores-turistas americanos por John Ford en *The Quiet Man*.

Calabuig es la sublimación cinematográfica y escénica de la acogida del viajero americano cansado de su civilización megalopolitana (en la ficción, un físico nuclear “arrepentido”) por los habitantes y los rinconcitos del pueblecito de Peñíscola, histórica villa de la Costa del Azahar castellanense cuyo triunfo artístico en el Festival de Cine de Venecia de 1956 hizo al tiempo las veces de eficaz campaña de propaganda para la

promoción turística de esos «encantadores pueblos de pescadores españoles» a los que se refería Fraga en sus discursos ministeriales de principios de los 1960.

g29. Casco histórico-histriónico de Peñíscola, Castellón



[Fotogramas de *Calabuig* (Berlanga, 1956) y *El Cid* (Mann, 1963)]

Cuarenta años después, en un maravilloso filme de vocación testamentaria, *París-Tombuctú* (1999), Berlanga soñó ese mismo Calabuig, que seguía igual de encantador pero cada vez más demenciado, como la última estación de paso del *trip* de Manuel Fraga (véase a continuación el Capítulo IV). Calabuig-Peñíscola se ha convertido en el postrer y definitivo balneario mediterráneo para el gran jubilado europeo, Michel, cirujano plástico, literasta, *parisien*. A finales del pavoroso siglo XX, el ‘Calabuig’ imaginado por Berlanga se confundía con la ‘Estrella del Mar’ imaginada por J. G. Ballard, la inquietante urbanización temática para turistas del norte de Europa retirados en la Costa del Sol malagueña donde este exitoso autor británico de turbadores relatos de ciencia-ficción social situaba la acción de una de sus famosas tramas de implosión futurista del momento presente: un lugar de arquitectura blanca «que borraba la memoria», de «ocio forzado que fosilizaba el sistema nervioso», de «aspecto casi africanizado, pero de un África del Norte inventada por alguien que nunca había visitado el Magreb»; un lugar donde «la aparente ausencia de cualquier estructura social» junto a la atemporalidad «de un mundo más allá del aburrimiento, sin pasado, sin futuro y con un presente cada vez más reducido» invitaban al visitante a preguntarse si no sería exactamente así la superficie de un mundo futuro «dominado por el ocio».⁹⁶ En el amanecer del nuevo siglo XXI, increíble pero cierto, el proverbial pueblecito mediterráneo de los sueños edénicos de la nueva riqueza cinematográfica venía a ser, hoyo más, hoyo menos, un sitio como este otro, tan real que, éste sí, podría estar sacado de una película:

«Un complejo, compuesto por dos hoteles de cinco estrellas y dos campos de golf diseñados por Nicklaus Design, ha abierto sus puertas recientemente entre la ciudad [de Benidorm] y Terra Mítica, a tan sólo tres minutos de la AP-7. El Real de Faula Golf Resort & Spa supera los 1,6 millones de metros cuadrados, por lo que abarca una superficie similar a medio Principado de Mónaco. [...] Una vez terminadas todas sus instalaciones será el reflejo de un típico pueblo mediterráneo con sus peculiares plazas, pintorescos rincones y sorprendentes zonas medievales e influencias Art Decò y, además, estará dotado de lo último en tecnología y un alto nivel en servicios, diez restaurantes y spa incluidos. [...] Con 238 y 236 habitaciones respectivamente [los dos hoteles] ofrecen un refugio íntimo y personal, lejos del estrés cotidiano, acogidos por 5.000 metros cuadrados de piscinas y con unas vistas inmejorables, la bahía de Benidorm en el horizonte y la serranía de Finestrat al fondo.»⁹⁷

El segundo *boom* o milagro turístico español aconteció, efectivamente, durante la década de 1990 y está correlacionado en el tiempo con la irrupción en el mercado de placeres viajeros, por el lado de la demanda, del segmento de edad de los mayores de 65 años, tanto foráneos como, en medida muy importante, nacionales.⁹⁸ El nombre de la calle mayor por la que transcurre la consolidación, a principios de este nuevo siglo, de la máquina turística de generación de riqueza, esa gran vía de profundización especialista de la industria española de sol y playa y, para muchos, última trampa de la felicidad en el camino civilizatorio hacia la muerte, ha sido fijado por expresiones populares como “aquí hay mucho turista del *Inverso*”, “esta playa parece un geriátrico”, o “somos el asilo de Europa”. Calabuig / España: la trampa final con la que la vida pretende engañar a la muerte. Y en la peli de Berlanga, al menos de momento, lo consigue. Recuperado el ánimo vital y dorado por el sol, Michel sube ahora al mediodía desde la Playa de San Juan a ver salir a las niñas del Liceo Francés de Alicante “Pierre Deschamps”. Pero el canguelo no te lo quita ni Dios.

g30. Canguelo torero



[Fotograma final del filme *París-Tombuctú*, Berlanga, 1999]

III.6. Excursión a la cueva

Mos estimàven
Mos destrossàvem mútuament ses vides
Mos acabàvem, mos fèiem companya
Mos caducàvem
Mos dedicàvem quasi sempre es dies
Mos sexuàvem, mos gastronomiem.⁹⁹

A las tres menos poco de la tarde, poco antes de la hora de entrada, arriba un autobús *charter* y descarga a sus pasajeros, trabajadores visitantes portugueses que llenan al momento el recinto de espera y comienzan a formar cola. Llegan también parejitas de novios españoles y algunas familias alemanas e inglesas. Sintiéndose ya plenamente de la clase turista internacional, el solitario post conferenciante saca sus herramientas -esta vez ha preferido, Berlanga tendrá la culpa, cuaderno y estilográfica a cámaras grabadoras- y se pone a esbozar impresiones. Sigue viniendo gente y la línea de espera, forma elemental de la geometría social¹⁰⁰, engorda por delante al tiempo que se estira por detrás. Caigo naturalmente en la cuenta (deben ser los años pensándose a sí mismos) de que me cuento entre los visitantes de mayor edad: los presentes tienen entre veinte y treinta años, no más, con mayoría de parejitas jóvenes con niños. Turismo abrioleño, turismo portugués, pienso para mí. No será hasta julio-agosto que lleguen a Porto Cristo las gentes de hasta cuarenta y más años. Aparece un segundo autobús. Trae en su interior al gran jubilado europeo, fácil de reconocer por los cabellos blancos sobre esos pellejos claros que miran a través de las ventanas del vehículo. Ya abren para entrar a las cuevas, me voy a poner yo también a la cola. Sin prisas. Luego os cuento.

* * *

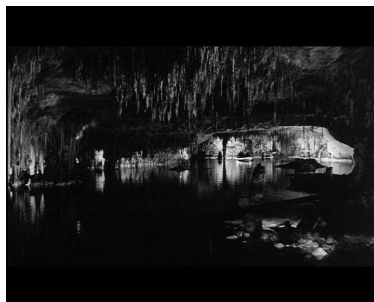
Verano allí donde el verano es realmente verano. El barco que trae a José Luís Rodríguez, su maletín de herramientas y su familia, desde el piso 3º derecha del bloque 17, grupo 4, del polígono sur de la absurda capital africana, Madrid, atraca en el puerto de Palma de Mallorca. Vienen a pasar unos días de vacaciones con todos los gastos de viaje, alojamiento y dietas pagados por la empresa del marido, el Ministerio de Justicia. «Mira, mira que bonito», le dice Carmen indicándole con un gesto que mire hacia el horizonte de la Bahía de Palma. «Y tu no querías venir», le reprocha la mujer. José Luís Rodríguez, José Luís, el verdugo, el marido, el yerno, el titular del piso -el eterno *pisito*,

que antes fue de 'la vieja'¹⁰¹ y ahora lo es del 'viejo' -, quien cobra el sueldo, no quería venir a un sitio tan bonito porque existe la posibilidad de que le hagan ir a trabajar un día a la cárcel de Palma. Por eso ha tenido que traer el maletín con los ferros del cacharro vil: abrazadera, perno, rosca y palomilla, la dichosa palomilla. Pero no, no parece probable, le tranquiliza Amadeo, el suegro, de quien heredó el puesto de verdugo. Como durante la semana se celebra en la isla un certamen internacional de belleza femenina, «es más fácil que llegue el indulto». No van las autoridades a atreverse a dar matarile ante los cuerpazos presentes a concurso de las mises. Si el indulto no se concediera, ya le mandarían llamar. «Tenga, aquí tiene las dietas. Deje la dirección y no se mueva de Palma.» Entretanto estése tranquilo y relajado. Diviértase. Además, el reo de muerte se ha puesto enfermo y, dicen los médicos de la prisión, que es muy probable que se muera antes incluso de que llegue el indulto.

Ella, él, el niño y el puto suegro, junto con un resto de veraneantes americanos, ingleses, alemanes, italianos y franceses que se alojan en la Pensión Broseta se abandonan a la molicie de los baños de sol en la terraza, la zarzuela de marisco, la compra de recuerdos y postales, el baño en la playa, las excursiones. José Luís se lo pasa bien practicando idiomas y sacándose fotos con unas rubias germanas; Carmen le reprende por coquetear con «esas sucias». (En una novela publicada en 1958, cinco años antes de la filmación de *El verdugo*, el escritor riojano Rafael Azcona (Logroño 1926 - Madrid, 2008), coguionista de Berlanga en ésta y otras películas, describía un pequeño incidente en la terraza de un chiringuito playero de San Antonio de Portmany, Ibiza, en el que un guardia llama la atención a una turista extranjera. «“¿Qué pasa?” Antonio se lo preguntó a un viejecito muy bien conservado que observaba la escena con unos prismáticos de teatro. “Los pantaloncitos.” “Pero ¿es que están prohibidos?” “Tienen que llegar por lo menos a la mitad del muslo.” La señora que hace ganchillo se revolvió en la silla: “Si es que es una vergüenza, hombre. Estas tías son unas cerdas, siempre todo al aire.”»¹⁰²) Luego, durante una visita guiada a las cuevas de Manacor, sucede lo imposible.

Ella y él, Jose y Carmen, toman asiento en las gradas dispuestas frente a la increíble laguna cavernaria que el espeleólogo decimonónico *monsieur* Martel descubrió en Porto Cristo, para presenciar un espectáculo fantástico de juegos de luces y piezas de música

clásica interpretadas por un trío de cuerda a bordo de la mítica nave fantasma, vehículo natural para ancestros que retornan deificados.¹⁰³



- «¿Te gusta?», le pregunta él mientras suena la música en la cueva.
- «Sí, pero tengo miedo» -responde ella.
- «No oyes: ahora está llegando el vampiro de la cuevaaaa...» José Luís hace el gesto de estrangularla en broma.
- «¡Ay, tonto que me has asustado!» Ella le aparta cariñosamente, pero él la abraza aún más cariñosamente e intenta besarla. «Que hay mucha gente, quita.»

José Luís y Carmen, en las «mundialmente famosas» cuevas del Drach de Mallorca¹⁰⁴, se besan en público por primera vez, sin pudor, como hacen los visitantes extranjeros - «A ellos qué les importa la gente...». ¡Si son turistas! Estando en éstas vemos cómo por detrás de la barquita donde toca música acuática la orquestina surge, desde el fondo cavernícola oscuro como la boca de un lobo pintada por Bacon, el bote sombrío de los

tres tricornos. Un *guardiasiví* provisto de megáfono se alza de pie en la barca, como si caminase sobre las aguas, lanzando avisos al público.

- «Don José Luís Rodríguez, Don José Luís Rodríguez. Don José Luís Rodríguez: se ruega a Don José Luís Rodríguez, si se encuentra entre los presentes, tenga la bondad de bajar al embarcadero. Don José Luís Rodríguez.»



Iluminado por esta luna nueva de la cueva, intimidado por la claridad diáfana de su propio nombre propio *-Me llaman a mí-* el verdugo José Luís se identifica ante el guardia armado que pasa junto a él llamándole a voces. En público.

José Luís, preocupado: «¿Ha muerto?» (el condenado)

Guardia, mecánico: «¿Es usted Don José Luís Rodríguez?»

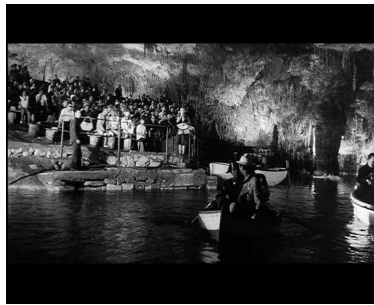
José Luís, cortés, absurdo: «Esta es mi señora», señalándola con la mano.

Guardia, inflexible: «Venga conmigo a la barca.»



En el juego del diálogo de besugos, tan sumamente técnico¹⁰⁵, el guardia, que juega en casa, no comete errores. Cuando a la pregunta «¿Es usted José Luís Rodríguez?» el interpelado va y responde «Esta es mi señora», sin afirmar ni desmentir que la del nombrado sea su identidad sino intentando regatear directo hacia el área del corazón, la réplica natural de una fuerza autoritaria infeliz debería haber sido volver a insistir en la pregunta. Nada de eso: el funcionario de la metralleta aprieta a fondo el gatillo de la nada: «Venga conmigo a la barca». Aunque, dicha así y ahí, la oración podría parecer un «Y a mí qué su señora, oiga», escuchada atentamente en el contexto más amplio de la vida real, la absurda directiva del hombre del tricornio quiere sin embargo decir: «Está usted demasiado bien educado, amigo, pero eso tiene pronta solución. Vamos de inmediato a *instruirle*.» ¡Identificación, coño!

El caso es que los barqueros suben al turista en su barca o, lo que es lo mismo, los guardias se llevan al verdugo a la cárcel. No ha llegado el indulto y José Luís tiene que poner fin por unas horas a sus vacaciones para ir al tajo: habrá de aplicar la ley, qué *desgracia*.¹⁰⁶ Carmen quiere irse también en la barca pero los guardias no la dejan subir.



g31. La cueva del verdugo
[Fotogramas de *El verdugo* (Berlanga, 1963)]

* * *

Tomando una ración de pulpo a la gallega junto a la playa de Porto Cristo, la visita a las cuevas terminó hace un ratito. Las pieles de piedra milenarias y las aguas marinas subterráneas que las empañan y esculpen gota a gota me han maravillado hasta el punto de tener que inquirir a quemarropa, a uno de los vigilantes que cuida de que los turistas circulen en orden por la gruta, si era consciente de lo alucinante de su centro de trabajo. «Si es que estamos aquí todos los días, hombre», me ha respondido con tono de hastío. Luego me he puesto triste cuando la orquestina de la barca fantasma ha atacado los primeros acordes de una de las piezas, *Plaisir d'amour*; me ha hecho recordar la letra de la versión que hacía Franco Battiato en el disco *Como un camello en un canalón*. El castillo de luces y sonido en el paraíso turístico de sol y playa ha quedado comprimido en una sombra de infierno, la Feliz Gobernación. Me abismo un último instante en las soledades, que tan ajenas nos son a los humanos, del viajante galáctico (*una eternidad sin amor es muy dura / mas es la eternidad de verdad / porque el amor, una eternidad no dura*)¹⁰⁷, aunque ya es demasiado tarde para el miedo porque el comediante Godínez, mensajero de embutidos y representante de palabras, ha entrevisto fugazmente la sensualidad marina de Azenaia, la virgencita mora.

(La Feliz Gobernación, Azenaia y Godínez son categorías ontológico-poéticas vernáculas de la obra literaria *Escuela de mandarines* [1971] del escritor Miguel Espinosa Gironés. A pesar de la cual estética personal y de ser al tiempo un gran odiador del turismo de masas, fenómeno contemporáneo que gustaba equiparar con las plagas bíblicas, aquella especie de Kafka murciano gozó sin embargo, en momentos claves de su vida, del patronazgo protector del prócer político franquista Manuel Fraga Iribarne, quien reverenciaba la escritura del viajante de chacinerías. En el año 1964, en pleno apogeo de su crucial mandato al frente del Ministerio de Información y Turismo, Fraga buscole al eternamente desamparado y pobrete Godinillo, poeta 'udrita¹⁰⁸ y «sujeto que no veranea»¹⁰⁹, un bien remunerado empleo como asesor jurídico de una multinacional japonesa dedicada al comercio exterior. Años más tarde Fraga recomendaría el borrador definitivo de *Escuela de mandarines* a los altos directivos de dos grandes editoriales barcelonesas [Planeta y Grijalbo], aunque esta vez sin éxito.¹¹⁰)

Sepan ustedes, señores Velázquez y Berlanga, Don Juan Matus y Don Juan March que me habéis traído hasta aquí, en visita pagana al palacio magnético de lo real disimulado entre el clan marciano de los portugueses (magníficos turistas, por cierto), de mi pena. *Placer de amor, dura sólo un momento; dolor de amor, dura toda la vida.* Ella, continente dulce, volcánico, falso, confuso, enorme y pacífico, ha vuelto a sentarse en la cueva iluminada para presenciar el resto final del espectáculo lamentable más hermoso. Ella es la de la canción. Ahora lo sé. *Jo no sabia que després me mataría / sa teva mirada que plora y diu que no.*¹¹¹ Antes de volver a sentarse en las gradas Carmen le lanza a José Luís, que se ha vuelto para mirarla, un besito desde la distancia. *Dulça besada, te gusta que s'acaba / punt y principi de viure sense tu.*¹¹² Nos hemos querido tanto, ¡qué gran regalo!, me ha escrito ella desde la playa. Pues claro, qué te pensabas. Las mejores cosas de la vida son *gratis et amore* en esta venerable mezquita mercurial donde nada dura eternamente y todo vuelve a comenzar.